

LA INOCENCIA DE LA POBREZA

DIGANME POR QUIEN VOTAR



SALVADOR RANGEL ABUD

NOTA DEL AUTOR:

La presente obra, *La inocencia de la pobreza*, es una ficción literaria cuyo propósito es reflexionar, a través del humor, la ironía y la exageración, sobre fenómenos sociales, culturales y políticos propios de una realidad compartida. No constituye un ataque personal, político ni institucional.

Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, con instituciones públicas o privadas, partidos políticos, actores del ámbito electoral o social, es puramente coincidente o resultado deliberado de una parodia literaria, amparada en el derecho a la libertad de expresión, la creación artística y la crítica social.

El autor no se responsabiliza por interpretaciones literales, descontextualizadas o malintencionadas del contenido aquí expuesto. Esta obra no representa una postura ideológica partidista, ni busca promover odio, violencia ni discriminación de ningún tipo. Su finalidad es exclusivamente artística y reflexiva.

LA INOCENCIA DE LA POBREZA

Novela de sátira política y comedia social mexicana

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Don Raúl y doña Petra llevan décadas perfeccionando el arte más difícil que existe en México: sobrevivir al gobierno. No al crimen, no a la pobreza, no a las enfermedades — aunque también. Al gobierno. A sus formularios, sus comisiones, sus programas sociales con nombres de telenovela, sus candidatos con promesas de metro cuadrado y sus funcionarios que confunden gobernar con crear subcomités para estudiar cómo gobernar.

Don Raúl está, además, oficialmente muerto. Los registros del INE así lo confirman, aunque él sigue despertando cada mañana, tomando café con agua que sabe a cloro y optimismo gubernamental, y filosofando sobre los misterios del sufragio universal con la resignación del hombre que ha visto suficientes gobiernos como para no asombrarse de ninguno.

Desde la odisea kafkiana de demostrar ante la burocracia que siguen vivos, hasta soportar la invasión mesiánica de candidatos con nombres más ridículos que sus propuestas, pasando por el censo de las buenas intenciones, la visita ilustre del político de turno, la resaca electoral del día después y el círculo eterno de los programas que ayudan exactamente lo suficiente para que el beneficiario siga necesitando ayuda, *La inocencia de la pobreza* narra con humor negro y precisión quirúrgica el funcionamiento real de la maquinaria democrática mexicana vista desde abajo — desde donde siempre se ha visto, porque desde arriba la vista es completamente diferente.

Una novela tan inocente como un cáncer y tan corrosiva como el ácido muriático.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene, en concentraciones potencialmente peligrosas:

- Sátira política de alta intensidad sobre la democracia mexicana y sus instituciones
- Ironía sostenida sobre la burocracia, los programas sociales y las campañas electorales

- Personajes que dicen en voz alta lo que todos piensan pero nadie se atreve a decir
- Humor negro sobre la pobreza, la vejez y la resignación como filosofía de vida
- Verdades tan incómodas que el lector podría reconocerse en ellas

No contiene violencia explícita. Sí contiene lenguaje coloquial mexicano sin filtro académico, incluidas expresiones propias del habla popular que forman parte del retrato que la novela busca construir. No recomendada para lectores con alergia documentada a la ironía o con fe inquebrantable en las instituciones.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado. En *La inocencia de la pobreza* su experiencia en el sistema público de salud — territorio donde la burocracia, la escasez de recursos y la distancia entre la política y la realidad cotidiana son tan familiares como el estetoscopio — se convierte en insumo directo para una sátira que conoce desde adentro lo que describe desde afuera. Don Raúl y doña Petra no son personajes inventados: son el resumen de millones de mexicanos que el autor ha atendido, acompañado y escuchado a lo largo de su vida profesional.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La Inocencia de la Pobreza **Autor:** Salvador Rangel Abud
Género: Sátira política / Comedia social / Novela de costumbres mexicanas **Extensión:** ~21,000 palabras aproximadamente
Estructura: Prólogo + 11 capítulos + Epílogo **Idioma:** Español mexicano **Año de publicación:** 2026 **Plataforma:** Internet Archive — Acceso abierto **Contacto:** wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela no busca adoctrinar conciencias ni despertar la combatividad revolucionaria de las masas. Eso se lo dejamos a los manuales de ciencia política y a los discursos de campaña. Esta historia busca algo mucho más subversivo: hacerte reír. Pero no con la risa fácil del chiste de borrachos, sino con esa risa profunda que duele en las costillas y en la conciencia por igual. La risa que es hermana gemela de la desesperación. La risa que no cambia nada, pero al menos hace más llevadera la tragedia.

Porque si el voto no cambia nada — y ya llevamos décadas de evidencia empírica que lo confirma — al menos que cambie el humor con el que

soportamos esta comedia nacional que se repone todos los días en el teatro de la vida pública mexicana.

Al final, como decía un sabio filósofo de cantina: "La democracia mexicana es como el amor: todos hablan de ella, nadie la entiende, pero todos quieren un pedacito." Bienvenido al banquete.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

sátira política · democracia mexicana · comedia negra · burocracia · programas sociales · pobreza · costumbres mexicanas · humor social · elecciones · clientelismo · novela en español · vejez · resignación · ironía · sistema político mexicano

TEMAS PRINCIPALES

- La democracia como espectáculo: el voto como ritual sin consecuencias reales
 - La burocracia como arte conceptual donde el trámite supera al resultado
 - Los programas sociales como perpetuum mobile de la dependencia administrada
 - La resignación como filosofía de vida y forma de resistencia pasiva
 - La distancia estructural entre quienes gobiernan y quienes son gobernados
 - El humor negro como única respuesta racional a lo irracional sistémico
 - La vejez y la pobreza como condición de invisibilidad en el discurso público
-

CITAS DESTACADAS

"Lo que tienes entre las manos es algo mucho más peligroso: un retrato honesto."

"Han perfeccionado el arte de sobrevivir en un país donde el milagro democrático consiste en despertar cada mañana sin que el gobierno les haya confiscado lo poco que les queda."

"Es el estado del bienestar tropical: te da una sombrilla con hoyos para que no te mojes completamente, pero tampoco te seques del todo."

"Un muerto que vive en un domicilio inexistente va a elegir entre candidatos que prometen resolver problemas que no reconocen para beneficiar a un pueblo que no conocen. ¡Así sí funciona la democracia!"

"La democracia es como un casino donde la casa siempre gana, pero nos dejan jugar para que sintamos que tenemos oportunidad de ganar."

"El único país donde los problemas se resuelven creando instituciones para estudiar por qué no se han resuelto."

"Los únicos que cumplen religiosamente son los que reparten tortas en los mítines."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores de las siguientes obras encontrarán en esta novela un territorio satírico reconocible:

- **Carlos Monsiváis** (*Nuevo catecismo para indios remisos*, crónicas políticas): la ironía mexicana como método de análisis social y el humor como única respuesta honesta al absurdo institucional
- **Jorge Ibargüengoitia** (*El atentado*, *Las muertas*): la sátira política con personajes entrañables atrapados en sistemas que los superan
- **Armando Fuentes Aguirre "Catón"** (columnas y aforismos): la frase corta, precisa y devastadora como instrumento de crítica cívica
- **Evelyn Waugh** (*Scoop*, *Decadencia y caída*): el absurdo institucional narrado con distancia fría y humor implacable

Dentro de la tradición mexicana del humor político, *La inocencia de la pobreza* ocupa el espacio de las obras que no caricaturizan el poder desde afuera sino que lo retratan desde la perspectiva de quienes lo padecen sin poder evitarlo — que es, en México, la perspectiva de la mayoría.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

- Don Raúl está oficialmente muerto pero sigue votando, pagando servicios y existiendo en la práctica. ¿Qué dice eso sobre la relación entre el ciudadano real y el ciudadano que el Estado registra?
- La novela describe los programas sociales como instrumentos de dependencia calculada. ¿Es esa una crítica justa o una simplificación? ¿Puede un programa social ser genuinamente emancipador dentro de un sistema que no quiere emancipar a nadie?

- Don Ernesto vota con convicción renovada cada elección. ¿Es ingenuo o sabio? ¿Qué tiene él que don Raúl ha perdido, y qué tiene don Raúl que don Ernesto nunca tuvo?
 - El humor de la novela no propone soluciones. ¿Es eso una limitación o una honestidad? ¿Puede la sátira política ser un acto político en sí mismo?
 - Doña Petra es con frecuencia quien formula las observaciones más certeras, pero en voz más baja. ¿Qué dice eso sobre quién tiene realmente el análisis en esta pareja — y sobre quién habla más alto en la vida pública?
 - El título habla de "inocencia". ¿De quién es esa inocencia: de los pobres, del sistema, o del lector que creyó que las cosas podían ser distintas?
-

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *La inocencia de la pobreza*. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. *La inocencia de la pobreza*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *La inocencia de la pobreza*. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ficción especulativa y la sátira social. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0.

Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay una forma de escribir sobre la pobreza que la romantiza, que la convierte en dignidad fotogénica y resistencia épica. Hay otra que la victimiza, que la reduce a estadística de política pública y objeto de compasión administrada. *La inocencia de la pobreza* no hace ninguna de las dos cosas.

Don Raúl y doña Petra no son dignos ni patéticos. Son inteligentes. Ven con absoluta claridad el mecanismo que los tiene donde están, lo nombran con una precisión que avergonzaría a cualquier analista político, y sin embargo siguen ahí, tomando café con agua que sabe a cloro, esperando la pensión que no llega, votando con la resignación del

que sabe que no sirve de nada pero cumple el ritual porque es lo único que le queda.

Eso no es inocencia. O quizás sí lo es — pero de la variedad más difícil: la de quien entiende perfectamente el juego, conoce todas las trampas, y sigue jugando porque abandonar la mesa sería darle la razón a quienes diseñaron el tablero.

La democracia mexicana es como el amor: todos hablan de ella, nadie la entiende, pero todos quieren un pedacito. Esta novela es ese pedacito — sin azúcar, sin edulcorante y sin garantía de devolución.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 ·
wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

INDICE

Prólogo

Capítulo 1: La Pensión Sagrada

Capítulo 2: El Censo de las Buenas Intenciones

Capítulo 3: La Campaña de los Milagros

Capítulo 4: El Padrón de la Confusión

Capítulo 5: Los Debates del Comedor

Capítulo 6: La Visita Ilustre

Capítulo 7: El Día D (de Democracia)

Capítulo 8: La Resaca Electoral

Capítulo 9: El Programa Social de la Esperanza

Capítulo 10: El Círculo Eterno

Capítulo 11: El último censo del infinito

Epílogo

PRÓLOGO

Del voto a la torta. Manual de supervivencia para una democracia de ornato

Querido lector que has tenido la dudosa fortuna de abrir este libro: relájate. Aquí no encontrarás héroes redentores luchando contra el sistema con la dignidad de sus convicciones y la fuerza de sus pancartas. No hay mártires de la justicia social ni epopeyas de la resistencia popular. Tampoco hallarás villanos con bigotes retorcidos conspirando en salones de mármol para someter al pueblo noble y sufrido.

Lo que tienes entre las manos es algo mucho más peligroso: un retrato honesto.

Esta es la historia de Doña Petra y Don Raúl, dos ancianos que han perfeccionado el arte de sobrevivir en un país donde el milagro democrático consiste en despertar cada mañana sin que el gobierno les haya confiscado lo poco que les queda. Y lo poco que les queda, para ser exactos, es su capacidad de resignación, refinada hasta convertirse en filosofía de vida.

En este modesto compendio de la comedia nacional —tan inocente como un cáncer y tan corrosiva como el ácido muriático— se narran las aventuras involuntarias de los de abajo cuando los de arriba deciden "incluirlos" en la fiesta democrática. Desde la odisea kafkiana de demostrar que están vivos hasta soportar las invasiones mesiánicas de candidatos con nombres más ridículos que sus propuestas, cada capítulo expone una verdad tan incómoda como inevitable: que la democracia, al igual que la religión y los programas de televisión, funciona mejor cuando nadie se atreve a cuestionarla en voz alta.

Porque resulta que en este país de las promesas eternas y los milagros sexenales, hemos perfeccionado un sistema político tan eficiente que logra mantener a los pobres lo suficientemente esperanzados para que no se rebelen, y lo suficientemente desesperados para que no dejen de necesitar al gobierno. Es una obra de ingeniería social digna de admiración: un perpetuum mobile de la miseria administrada con rostro humano.

Aquí descubrirás cómo funciona realmente la maquinaria electoral mexicana, esa maravillosa invención que cada tres años convierte a los ciudadanos en consumidores de promesas y a los políticos en vendedores de esperanza al mayoreo. Verás cómo la burocracia ha evolucionado hasta convertirse en un arte conceptual donde el trámite es más importante que el resultado, y donde demostrar que necesitas ayuda cuesta más que la ayuda misma.

Conocerás el fascinante mundo de los programas sociales, diseñados con la precisión de un relojero suizo para ayudar exactamente lo suficiente como para que el beneficiario siga necesitando ayuda, pero nunca tanto como para que deje de ser dependiente. Es el estado del bienestar tropical: te da una sombrilla con hoyos para que no te mojes completamente, pero tampoco te seques del todo.

También serás testigo del espectáculo de las campañas electorales, donde los candidatos compiten por ver quién promete más milagros por metro cuadrado, en una subasta de ilusiones donde el postor más mentiroso se lleva el premio. Es un reality show sin cámaras donde los concursantes prometen resolver en seis años lo que no se ha resuelto en doscientos, y el público vota con la esperanza de que esta vez sea diferente, aunque todos sepan que será exactamente igual.

Pero no te equivoques: esta novela no busca adoctrinar conciencias ni despertar la combatividad revolucionaria de las masas. Eso se lo

dejamos a los manuales de ciencia política y a los discursos de campaña. Esta historia busca algo mucho más subversivo: hacerte reír. Pero no con la risa fácil del chiste de borrachos, sino con esa risa profunda que duele en las costillas y en la conciencia por igual. La risa que es hermana gemela de la desesperación. La risa que no cambia nada, pero al menos hace más llevadera la tragedia.

Porque si el voto no cambia nada —y ya llevamos décadas de evidencia empírica que lo confirma—, al menos que cambie el humor con el que soportamos esta comedia nacional que se repone todos los días en el teatro de la vida pública mexicana.

Así que póngase cómodo en su butaca de espectador de la democracia. Compre sus garnachas de rigor si es necesario —que el pueblo no solo de pan vive, sino también de fritangas—. Prepare su sentido del humor para el maltrato y su capacidad de asombro para la decepción. Y prepárese para descubrir la verdad más democrática de todas: que en el país de las promesas eternas y los programas sociales con nombre de telenovela, los únicos que cumplen religiosamente son los que reparten tortas en los mítines.

Al final, como decía un sabio filósofo de cantina: "La democracia mexicana es como el amor: todos hablan de ella, nadie la entiende, pero todos quieren un pedacito".

Bienvenido al banquete.

CAPÍTULO 1

La Pensión Sagrada

El sobre color manila aterrizó un martes por la mañana como una bomba burocrática de precisión alemana, justo cuando Doña Petra ejecutaba su ritual matutino de barrer la entrada de la vecindad con la parsimonia zen de quien ha convertido cada movimiento doméstico en un acto de resistencia pasiva contra el caos universal.

El cartero —sudoroso, malhumorado y cargando su morral como si fuera la cruz del viacrucis democrático— se lo entregó con la solemnidad papal de quien porta un decreto divino emanado directamente del Olimpo burocrático.

—Es del gobierno —anunció, como si el membrete oficial que brillaba con la arrogancia de las instituciones que se creen indispensables no fuera suficientemente obvio.

Don Raúl, que en ese momento remendaba por enésima vez su única camisa presentable —una prenda que ya tenía más cicatrices textiles que un veterano de guerra—, alzó la vista desde el quicio de la puerta con esa expresión que mezcla curiosidad antropológica y terror primordial, la misma que debieron poner los aztecas cuando vieron llegar a Cortés con sus papeles oficiales.

Su mujer sostenía el sobre como si fuera plutonio enriquecido, porque a los setenta y tantos años de supervivencia democrática ya había

desarrollado un instinto infalible: las comunicaciones gubernamentales son como los virus: siempre llegan cuando menos te conviene y siempre traen complicaciones.

—Léelo tú, viejo —le dijo, extendiéndoselo con manos que temblaban en esa frecuencia específica que oscila entre la vejez y el pánico institucional—. Tú tienes más estudios que yo.

Don Raúl se caló los anteojos que había adquirido en el tianguis cinco años atrás —de esos que fabrican en serie para todo el mundo y que por lo tanto no le sirven perfectamente a nadie—, y desdobló el papel oficial con el cuidado de un especialista en explosivos manipulando dinamita sensible.

—"Estimado derechohabiente..." —comenzó a leer con voz pausada, tropezando con las palabras como si fueran minas antipersonales sembradas en un campo semántico—. "En el marco de la modernización integral del sistema nacional de pensiones y con el objetivo fundamental de brindar un servicio de excelencia con calidad humana..."

—¿Qué chingados dice, viejo? —interrumpió Doña Petra, porque las palabras largas siempre le sonaban a problemas largos, y los problemas largos generalmente costaban dinero largo.

—Dice que nos van a dar un servicio de excelencia —respondió Don Raúl con esa ingenuidad que caracteriza a quienes han aprendido a interpretar la prosa gubernamental como otros interpretan las Sagradas Escrituras: con fe ciega y esperanza irracional—. Pero que tenemos que "actualizar nuestros datos personales".

—¿Y eso qué coños significa?

—Pues que tenemos que ir a unas oficinas y llevar papeles. Muchos papeles.

Continuó leyendo la lista de documentos requeridos con voz cada vez más débil, como si estuviera recitando las plagas de Egipto: acta de nacimiento actualizada con apostilla, comprobante de domicilio no mayor a tres meses expedido por empresa paraestatal, identificación oficial vigente con fotografía holográfica, constancia de supervivencia expedida por autoridad competente debidamente certificada, y una letanía de requisitos que parecían diseñados por una mente calenturienta que había estudiado en la Escuela Superior de Sadismo Burocrático con especialidad en Tortura Administrativa.

—¿Constancia de supervivencia? —preguntó Doña Petra con la perplejidad genuina de quien descubre que la lógica ha sido oficialmente abolida—. ¿No ven que estoy más viva que la chingada, pinches pendejos?

—Al parecer no basta con estar vivo, Petra. Hay que demostrarlo científicamente, con papeles y sellos oficiales.

El documento explicaba, con esa prosa tortuosa que la burocracia mexicana ha perfeccionado hasta convertirla en arte conceptual, que el trámite era "completamente gratuito" —excepto por los costos de

traslado, copias, certificaciones, apostillas y sacrificios rituales varios—pero que debía realizarse "exclusivamente de manera personal" en las oficinas de la Secretaría del Bienestar, ubicadas estratégicamente en una zona de la ciudad que para Don Raúl y Doña Petra quedaba tan accesible como la superficie de Marte.

—¿Cuánto crees que nos cueste llegar hasta allá? —preguntó la anciana, porque en su economía de guerra de guerrillas cada peso tenía destino predeterminado y apellido conocido.

—Pues el camión, ida y vuelta... como ochenta pesos por los dos.

—Ochenta pesos... —suspiró Doña Petra, activando su calculadora mental calibrada en unidades de supervivencia—. Son cuarenta garnachas. Dos días de comida.

Esa era su sistema métrico existencial: todo se convertía en garnachas, porque las garnachas eran su única realidad tangible, lo único que controlaban en un universo diseñado específicamente para descontrolarlos de manera sistemática y con rostro humano.

Al día siguiente emprendieron la odisea homérica. Partieron de madrugada, como peregrinos laicos dirigiéndose a un santuario burocrático, cargando una bolsa de plástico con todos los documentos que habían logrado reunir —su tesoro de papel, su patrimonio de tinta oficial, su fortuna en sellos y firmas.

Don Raúl llevaba puesta su camisa recién remendada y Doña Petra su vestido de los domingos, porque habían intuido correctamente que presentarse ante la burocracia requiere de cierta liturgia vestimentaria, como ir a misa o a un funeral.

La Secretaría del Bienestar resultó ser un edificio gris que parecía diseñado por un arquitecto especializado en desalentar cualquier atisbo de esperanza humana. Una fila serpenteante de ancianos, madres solteras, desempleados y otros especímenes de la fauna social mexicana se extendía desde la entrada hasta la esquina siguiente, como una procesión de la desesperanza nacional organizada con eficiencia teutónica.

Todos cargaban bolsas de plástico con documentos, todos lucían la misma expresión de resignada perplejidad, todos parecían extras de una película sobre el apocalipsis burocrático.

—Parece que no somos los únicos que necesitamos demostrar científicamente que existimos —murmuró Don Raúl con ironía darwiniana.

Después de tres horas de cola bajo un sol que parecía confabulado con el sistema para acelerar el proceso de selección natural, llegaron finalmente a la primera ventanilla, donde una funcionaria de mediana edad los recibió con esa cortesía glacial que se enseña en los cursos obligatorios de "Atención Ciudadana con Calidad y Calidez Humana".

—¿Vienen por actualización de datos biométricos y socioeconómicos? —preguntó sin levantar la vista de su computadora, como si fuera una sacerdotisa consultando los oráculos digitales.

—Sí, señorita —respondió Don Raúl con la deferencia automática del súbdito ante la autoridad constituida.

—Su acta de nacimiento está vencida.

—¿Cómo que vencida? —preguntó Doña Petra con lógica aplastante—. ¿Acaso me desnacé, pinche muchacha?

—El documento es de 1987. Necesito una certificación con vigencia no mayor a seis meses.

—Pero señorita —intervino Don Raúl desplegando una lógica tan poderosa que debería estar prohibida por la Convención de Ginebra—, nosotros nacimos hace más de setenta años. No podemos volver a nacer. Es físicamente imposible.

—Son las normas establecidas en el manual de procedimientos —respondió la funcionaria con esa autoridad moral que otorga el conocimiento hermético del reglamento interno—. Registro Civil se encuentra en el segundo piso, elevadores al fondo.

Y así comenzó su viacrucis por las siete estaciones del calvario burocrático. En Registro Civil les informaron que necesitaban una constancia de inexistencia de homonimia. En la oficina de homonimias les explicaron con paciencia didáctica que primero debían tramitar una carta de no antecedentes penales. En antecedentes penales les comunicaron que requerían una constancia de supervivencia certificada.

—Pero eso es precisamente lo que veníamos a tramitar desde el principio —protestó tímidamente Don Raúl, como quien señala una incongruencia en las leyes de la física.

—Entonces regresen a la ventanilla número uno —le respondieron con la paciencia de quien explica aritmética básica a un niño con problemas de aprendizaje.

Al final del día épico, después de haber recorrido cuatro plantas, cinco oficinas, haber dialogado con ocho funcionarios diferentes y haber consumido más paciencia que Gandhi en huelga de hambre, regresaron a casa con las manos vacías y la certeza metafísica de que el gobierno había logrado convertir el derecho constitucional a la pensión en un laberinto diseñado por Kafka y administrado por los hermanos Marx.

—¿Sabes una cosa, viejo? —le dijo Doña Petra mientras contaba las monedas supervivientes de su expedición—. Creo que estos cabrones prefieren que nos muramos de viejos antes de que logremos demostrar legalmente que estamos vivos.

—No digas eso, mujer. El gobierno nos quiere ayudar. Lo dice en todos los carteles y en todos los comerciales de televisión.

Y Don Raúl señaló hacia la pared de la vecindad, donde un cartel descolorido proclamaba con optimismo inquebrantable: "Tu gobierno

trabaja para ti las 24 horas". El cartel llevaba tres años ahí, había sobrevivido heroicamente a dos administraciones, tres huracanes e incontables lluvias, pero su mensaje permanecía imperturbable, como una promesa eterna que nadie recuerda haber hecho pero que todos fingen recordar.

Esa noche, mientras preparaban su cena espartana de frijoles refritos y tortillas con la consistencia del cartón reciclado, Doña Petra reflexionó en voz alta con la sabiduría práctica de los oprimidos:

—Es muy curioso, ¿no te parece? Para recibir la ayuda del gobierno tienes que demostrar que la necesitas, pero para demostrar que la necesitas tienes que gastar exactamente lo mismo que te van a dar de ayuda. Es como un seguro contra la pobreza que solo funciona si no eres pobre.

Don Raúl, que masticaba lentamente sus frijoles con la parsimonia de quien tiene más tiempo que dientes, asintió con sabiduría filosófica:

—Es la magia de la democracia moderna, Petra. Te ayudan tanto y con tanta eficiencia que al final necesitas más ayuda que antes de que te ayudaran.

Y en la televisión del vecino, que se escuchaba a través de las paredes de cartón, un funcionario explicaba en el noticiero nocturno cómo el nuevo programa social había sido diseñado "con rostro humano y corazón de madre" para "dignificar la existencia de los adultos mayores de nuestro querido y noble México".

La democracia, como siempre, funcionaba perfectamente.

CAPÍTULO 2

El Censo de las Buenas Intenciones

La invasión sociológica comenzó un lunes por la mañana, cuando tres camionetas blancas con logotipos gubernamentales más coloridos que un altar de Día de Muertos se estacionaron frente a la vecindad con la pompa circense de una expedición antropológica destinada a descubrir una tribu perdida en pleno corazón de la civilización.

De aquellas naves del saber descendió un ejército de jóvenes uniformados con chalecos fosforescentes que gritaban "profesionalismo" desde sus credenciales plastificadas, tablets bajo el brazo como biblias digitales, y esa sonrisa estandarizada que se aprende en los seminarios intensivos de "Acercamiento Comunitario con Sensibilidad Social y Perspectiva de Género".

—Buenos días, estimados ciudadanos y ciudadanas —proclamó el jefe de la brigada, un licenciado de treinta y pocos años que sudaba más por los nervios que por el calor matutino, y que hablaba como si estuviera narrando un documental de National Geographic—. Venimos a realizar el Censo Nacional de Necesidades Prioritarias para el Desarrollo Social Integral, Sustentable y Con Rostro Humano.

Doña Petra, que ejecutaba su eterna sinfonía matutina de barrer con la constancia de Sísifo pero con mejor humor, se detuvo en seco como si hubiera escuchado el anuncio del fin del mundo. Don Raúl emergió de su puesto de periódicos usados con la curiosidad del entomólogo que descubre una especie nueva de insecto gubernamental.

—¿Y esa cosa para qué diablos sirve? —preguntó la anciana con esa franqueza brutal que otorga la edad y la certeza de que ya no hay tiempo para cortesías diplomáticas.

—Es para conocer sus necesidades reales y poder atenderlas de manera eficiente, efectiva y con calidad total —respondió el licenciado con el entusiasmo evangélico de quien predica el nuevo catecismo burocrático—. El gobierno del pueblo quiere escuchar la voz auténtica del pueblo.

En menos de diez minutos, la noticia se había esparcido por toda la vecindad con la velocidad de un chisme de telenovela. Los habitantes emergieron de sus casas como termitas atraídas por la luz, cargando esa mezcla explosiva de esperanza ingenua y escepticismo profesional que caracteriza a los pobres cuando les prometen que por fin van a ser escuchados por alguien que cobra sueldo del gobierno.

Era como si hubiera llegado el circo de los hermanos Ringling, pero en lugar de payasos y trapezistas, traía sociólogos y promesas de inclusión social.

Don Ernesto, el ex burócrata con título de licenciado en administración pública y especialidad en desilusión democrática, fue el primero en acercarse. Llevaba puesta su guayabera de las grandes ocasiones y cargaba una carpeta con documentos que había estado conservando religiosamente para "cuando viniera alguien importante del gobierno a preguntarle algo importante".

—Mire, licenciado —comenzó con la solemnidad de un sobreviviente de naufragio que por fin ve un barco rescatista—, yo trabajé treinta años para el erario público y mi pensión no me alcanza ni para los medicamentos de la presión, que me subió precisamente de tanto lidiar con el erario público.

La encuestadora —una jovencita recién egresada de sociología que veía su primer contacto directo con "la problemática social"— consultó su tablet con la seriedad de un médico revisando rayos X.

—¿Cuál considera usted que es su principal necesidad en materia de salud pública? —leyó del cuestionario con voz de robot humanizado—. A) Acceso a medicamentos gratuitos, B) Mejores instalaciones hospitalarias, C) Programas de prevención integral, D) Todas las anteriores.

—Pues... todas las anteriores, ¿no es obvio? —respondió Don Ernesto, confundido por la pregunta como quien ve un examen de matemáticas en chino mandarín.

—Perfecto —dijo la encuestadora, marcando la opción D con la satisfacción del funcionario que ha cumplido su cuota diaria de realidad

social—. ¿Considera usted que los programas sociales del actual gobierno han mejorado significativamente su calidad de vida? A) Mucho, B) Poco, C) Nada, D) No sé, no me he dado cuenta.

Don Ernesto meditó la respuesta con la profundidad filosófica de un monje zen enfrentado a un koan imposible. Por un lado, no quería quedar mal con el gobierno que le pagaba su pensión de hambre. Por otro, la realidad cotidiana era que seguía igual de jodido que siempre, pero ahora con más esperanza oficial.

—¿No puedo decir "más o menos pero con tendencia a menos"?

—Tiene que escoger una opción específica, señor. Es un cuestionario científico con metodología validada internacionalmente.

—Entonces... poco —respondió con la resignación de quien elige entre la soga y el veneno.

Mientras tanto, Doña Eufrasia había emboscado a otro encuestador y le recitaba la epopeya de sus desgracias con la pasión de una soprano interpretando Tosca ante un público cautivo por primera vez en décadas.

—Es que mi hijo está en el gabacho, ¿sabe usted, licenciado? Y no manda nada porque allá también está cabrona la cosa. Y aquí la renta sube como globo de gas, pero la pensión sigue flaca como modelo de revista. Y ahora que mi comadre se enfermó del azúcar y la presión...

—Disculpe, señora —la interrumpió el encuestador con cortesía desesperada de náufrago agarrándose de un salvavidas—, pero necesito que me responda específicamente: ¿Cuántas personas habitan permanentemente en su domicilio? Es una pregunta demográfica cerrada.

—Pues yo sola, pero a veces se queda mi nieta cuando viene de visita los fines de semana, y tengo un gato que come más que yo y que técnicamente vive aquí, aunque no paga renta. ¿Cuenta o no cuenta?

El muchacho consultó su manual de procedimientos con la desesperación de quien busca el sentido de la vida en un instructivo de licuadora.

—Los animales domésticos no se contabilizan como habitantes del núcleo familiar básico.

—¿Y si come más que el núcleo familiar básico?

Don Raúl y Doña Petra observaban el espectáculo desde su puerta con la fascinación de quien asiste a una función de teatro del absurdo completamente gratuita. A su alrededor, la vecindad se había convertido en un hormiguero de actividad seudocientífica: encuestadores corriendo de casa en casa como reporteros cubriendo una catástrofe natural, vecinos formando corrillos para intercambiar teorías sobre el fenómeno, niños persiguiendo a los funcionarios como si fueran celebridades de Hollywood.

—¿A nosotros cuándo nos va a tocar ser estudiados? —le murmuró Doña Petra a su marido con ansiedad de actriz esperando su turno en el escenario.

—Paciencia, mujer. Los pobres siempre somos los últimos en la fila de todo, pero nunca nos olvidan del todo. Somos como los frijoles: indispensables pero nunca prioritarios.

Efectivamente, después de dos horas de observación participante, una encuestadora se acercó a ellos como exploradora aproximándose a especímenes raros pero inofensivos. Era una señorita que parecía recién salida del túnel del tiempo universitario, cargando esa mezcla combustible de idealismo social y terror estadístico que caracteriza a los funcionarios novatos cuando se enfrentan por primera vez a la pobreza en technicolor.

—Buenos días, ciudadanos. ¿Podrían colaborar con nosotros contestando algunas preguntas sobre sus condiciones socioeconómicas y demográficas?

—¡Por supuesto, niña bonita! —respondió Don Raúl con el entusiasmo de quien finalmente será consultado por la democracia participativa—. Llevamos esperando que alguien del gobierno nos pregunte algo desde que inauguraron el PRI.

La encuestadora activó su tablet como quien enciende una máquina del tiempo y comenzó con la liturgia sociológica oficial:

—¿Consideran ustedes que su hogar vive en condiciones de pobreza estructural? A) Sí, definitivamente, B) No, para nada, C) A veces sí, a veces no, D) No sabría decirle con certeza.

Doña Petra y Don Raúl se miraron con la perplejidad de dos peces preguntándose si el agua está mojada.

—Pues... sí, obviamente —respondió Don Raúl con timidez, como si confesara un delito contra la economía nacional.

—¿Cuál consideran que es su necesidad más urgente y prioritaria? A) Alimentación balanceada, B) Vivienda digna, C) Salud integral, D) Empleo formal, E) Educación de calidad, F) Recreación y cultura.

—¿No podemos decir dinero contante y sonante? —preguntó Doña Petra con lógica tan aplastante que debería enseñarse en las universidades.

—El dinero no está contemplado entre las opciones válidas del cuestionario, señora.

—Pero es que con dinero se compra comida, se paga renta, se compran medicinas, se pagan colegiaturas...

—Tiene que escoger una sola categoría específica de entre las opciones preestablecidas.

Los ancianos se consultaron con la mirada, ejecutando esa telepatía matrimonial perfeccionada a lo largo de medio siglo de pobreza compartida. Después de setenta años de supervivencia económica,

reducir sus necesidades a una sola opción era como pedirle a un naufrago que escoja entre oxígeno y agua potable.

—Salud —dijeron finalmente al unísono, porque era lo más urgente cuando el cuerpo ya protesta por todo y la farmacia se ha vuelto más cara que un restaurante de lujo.

El interrogatorio continuó con preguntas cada vez más surrealistas, como un examen de realidad diseñado por Salvador Dalí: "¿Conoce usted los programas gubernamentales de apoyo social vigentes?" (¿Cómo no conocerlos si literalmente vivían de ellos?), "¿Confía plenamente en las instituciones públicas democráticas?" (¿Qué otra alternativa tenían, el anarquismo?), "¿Considera que el gobierno actual está atendiendo adecuadamente las necesidades prioritarias del pueblo?" (¿Cuál gobierno anterior las había atendido alguna vez?).

La pregunta final fue la más desconcertante, como remate de fuegos artificiales conceptuales:

—Si pudieran pedirle cualquier cosa al gobierno, absolutamente cualquier cosa dentro de lo humanamente posible, ¿qué le pedirían?

Don Raúl y Doña Petra se quedaron mudos como estatuas de sal. Era como preguntarle a un naufrago qué le pediría a un genio de la lámpara después de llevar treinta años en una isla desierta.

—¿Cualquier cosa de verdad? —preguntó Doña Petra para confirmar que no era una trampa burocrática.

—Cualquier cosa que esté dentro de las posibilidades reales del aparato gubernamental —aclaró la encuestadora con precisión jurídica.

—Que no se olviden de nosotros —respondió Don Raúl con una simplicidad tan devastadora que la jovencita tuvo que apartar la mirada —. Que cuando hagan sus programas y sus presupuestos se acuerden de que todavía existimos aquí abajo.

La encuestadora escribió algo en su tablet con la velocidad de quien quiere escapar de una conversación incómoda, les agradeció su colaboración ciudadana y se marchó hacia la siguiente casa como soldado cumpliendo una misión imposible.

Los ancianos se quedaron sentados en su puerta, observando cómo el operativo gubernamental recogía sus instrumentos de medición social y se preparaba para evacuar la zona de investigación.

—¿Crees que sirva de algo este desmadre? —preguntó Doña Petra con curiosidad científica.

—Pues fíjate que sí —respondió Don Raúl con optimismo inquebrantable —. Por lo menos alguien se tomó la molestia de venir hasta este pinche lugar olvidado de Dios para preguntarnos qué necesitamos.

—Aunque ya lo sepan perfectamente desde antes.

—Bueno, pero es el detalle lo que cuenta, ¿no? Es como cuando te felicitan el cumpleaños: no cambia nada, pero se siente bonito.

Las camionetas se marcharon dejando tras de sí una estela de polvo urbano y esperanza administrada con eficiencia. Los vecinos se quedaron comentando la experiencia como supervivientes de un fenómeno meteorológico inusual: había sido extraordinario, pero nadie sabía muy bien qué carajo había pasado exactamente.

Esa noche, el Profesor Menéndez —jubilado de la educación pública con doctorado en desilusión pedagógica— pasó por la vecindad en su recorrido filosófico habitual y encontró a los vecinos todavía procesando emocionalmente la visita de los sociólogos gubernamentales.

Con su sonrisa irónica de maestro que ha sobrevivido a más reformas educativas que un gato a vidas, les preguntó con curiosidad académica:

—¿Y qué tal el censo de la democracia participativa?

—¡Muy científico! —respondió Don Ernesto con entusiasmo de alumno aplicado—. Nos preguntaron absolutamente todo lo que necesitamos.

—¿Y les preguntaron qué piensan ustedes sobre lo que necesitan?

—No, eso no estuvo en el cuestionario.

—¿Les preguntaron por qué creen que lo necesitan?

—Tampoco, profesor.

—¿Les preguntaron cómo creen que se podría resolver de manera práctica?

—Para nada. Solo opciones múltiples.

—¿Les preguntaron si quieren que los ayuden?

—Eso se da por hecho, ¿no?

El Profesor Menéndez asintió con esa sabiduría melancólica de quien conoce el manual de operaciones de la democracia mexicana:

—Entonces fue un censo perfecto según los estándares internacionales. Les preguntaron lo que ya sabían para confirmar estadísticamente lo que ya sabían, y así poder justificar científicamente que hagan exactamente lo que ya tenían planeado hacer desde antes de preguntar.

Y mientras los vecinos meditaban esas palabras como discípulos de filosofía práctica, en alguna oficina gubernamental con aire acondicionado y café de máquina, un funcionario recibía los resultados preliminares del operativo con satisfacción de misión cumplida: el 98.7% de los encuestados había confirmado que vivía en condiciones de necesidad social, el 97.3% expresaba confianza en las instituciones democráticas, y el 95.8% consideraba que los programas gubernamentales habían impactado positivamente en su calidad de vida.

Los datos, como siempre, confirmaban matemáticamente que el gobierno tenía razón en todo y que la democracia funcionaba con precisión suiza.

La ciencia social, una vez más, había triunfado sobre la realidad.

Capítulo 3

La Campaña de los Milagros

La invasión comenzó un jueves por la mañana, cuando el primer camión de redilas se estacionó frente a la vecindad como si fuera la llegada del circo ambulante de la esperanza. De él descendieron tres individuos vestidos con camisas de cuadros y sombreros de palma que gritaban "autenticidad popular" desde las suelas de sus huaraches recién comprados en Liverpool.

—¡Buenos días, pueblo bueno! —vociferó el líder del grupo, un tipo cuarentón con panza cervecera y sonrisa de vendedor de seguros—. ¡Venimos de parte del licenciado Abundio Martínez, su próximo diputado federal, el amigo de los olvidados!

Doña Petra, que alimentaba a sus pollos con sobras de tortilla, alzó la vista con esa mezcla de curiosidad y desconfianza que le provocaba cualquier pendejo que llegara hablando de ayudar a los pobres.

—¿Y ese quién es? —preguntó con la franqueza brutal de quien ya no tiene tiempo para cortesías.

—¡El hombre que va a cambiar México, señora! —respondió el sujeto mientras sacaba de una caja de cartón unos gorros tricolores que parecían hechos en China—. Aquí le traigo un regalito para que se acuerde de él el día de las elecciones.

Doña Petra examinó la gorra como si fuera un artefacto extraterrestre. El logo del candidato estaba impreso de lado y las costuras amenazaban con desbaratarse con solo mirarlas.

—¿Y esto para qué sirve?

—¡Para protegerse del sol mientras vota por el cambio verdadero!

Don Raúl se acercó atraído por el bullicio, arrastrando su eterna desconfianza hacia todo lo que sonara a política. En sus setenta y tantos años había visto pasar más candidatos que vendedores de biblias, y todos prometían lo mismo: el paraíso terrenal a cambio de una crucecita en una boleta.

—¿Usted también quiere un gorrito, don? —le preguntó el activista con esa familiaridad instantánea que caracteriza a los políticos en campaña—. ¡Y mire, también tenemos plumas!

Le extendió un bolígrafo de plástico barato con el nombre del candidato impreso en letras que ya se estaban borrando por la humedad. Don Raúl lo recibió con la cortesía del pobre ante el regalo inútil: no lo necesitaba, pero tampoco podía rechazarlo sin quedar mal.

—¿Y qué promete su candidato? —preguntó con genuina curiosidad.

—¡Todo, don! ¡Absolutamente todo! —respondió el hombre con el entusiasmo de quien vende elixires milagrosos—. ¡Pensiones dignas, medicamentos gratuitos, casas para todos, empleos bien pagados!

—¿Y cómo va a hacer todo eso?

—¡Con la voluntad política, don! ¡Con honestidad y trabajo!

Don Raúl asintió con esa sabiduría melancólica de quien ha escuchado la misma canción en diferentes géneros musicales durante medio siglo. La voluntad política era como la virgencita de Guadalupe: todos decían tenerla, pero nadie la había visto trabajar.

No habían terminado de marcharse los del primer candidato cuando llegó el segundo convoy. Esta vez era una caravana de motocicletas que rugían como bestias prehistóricas, conducidas por jóvenes con cascos fosforescentes y banderas del Partido de la Renovación Democrática.

—¡Ciudadanos! —gritó la líder del grupo, una mujer de cuarenta años con el cabello teñido de rubio y una sonrisa que costaba más que el presupuesto anual de la vecindad—. ¡Venimos a hablarles de la licenciada Sandra Esperanza, la mujer que necesita México!

Doña Eufrasia, que había salido atraída por el escándalo, se acercó con curiosidad. Era la primera vez que veía a una candidata mujer, y eso le parecía tan extraordinario como ver un unicornio repartiendo tamales.

—¿Una mujer va a ser diputada? —preguntó con genuina sorpresa.

—¡Claro que sí, señora! ¡Ya es hora de que las mujeres gobernemos! ¡Nosotras sabemos lo que necesitan las familias mexicanas!

—¿Y qué necesitamos?

—¡Guarderías para sus nietos, programas para mujeres emprendedoras, créditos sin intereses para pequeños negocios!

Doña Eufrasia se quedó pensativa. Sus nietos ya estaban grandes, nunca había emprendido nada más ambicioso que vender gelatinas, y los únicos créditos que conocía eran los del tendero que le fiaba los frijoles. Pero la idea de una mujer en el poder le resultaba curiosamente atractiva.

—¿Y también va a arreglar lo de las pensiones?

—¡Por supuesto! ¡La licenciada Esperanza ya presentó una iniciativa para duplicar las pensiones de los adultos mayores!

—¿Duplicar? —preguntó don Raúl, que había estado escuchando desde su puerta—. ¿Así nomás?

—¡Con voluntad política todo se puede!

Ahí estaba otra vez la maldita voluntad política, pensó don Raúl. Era como el aceite de víbora: servía para todo y no curaba nada.

La tercera invasión llegó al día siguiente en forma de un autobús destartado del que descendió un ejército de muchachos uniformados con playeras naranjas que gritaban consignas como si estuvieran en un partido de fútbol.

—¡Aquí está la verdadera alternativa! —vociferó el jefe de campaña, un jovencito de veintipocos años que hablaba como si tuviera un megáfono integrado en la garganta—. ¡El ingeniero Próspero Abundancia, el candidato del pueblo trabajador!

Don Ernesto, que observaba el espectáculo desde su ventana, no pudo contener una carcajada.

—¿Próspero Abundancia? ¿En serio se llama así?

—¡Así es, ciudadano! ¡Un nombre profético para tiempos de bonanza!

—Pinche nombre más pendejo —murmuró doña Petra, pero el activista fingió no escuchar.

—¡El ingeniero Abundancia promete trabajo para todos, salud gratuita, educación de calidad y erradicar la pobreza en seis años!

—¿Nomás seis años? —preguntó don Raúl con ironía—. Los otros candidatos prometen lo mismo pero en tres.

—¡Es que el ingeniero es realista! ¡No promete milagros instantáneos!

Para el viernes, la vecindad parecía zona de desastre electoral. Había gorras de tres colores diferentes tiradas por el suelo, plumas que no escribían, volantes que nadie leía y suficientes calcomanías como para empapelar la Catedral Metropolitana. Los vecinos caminaban entre los desechos de la democracia con esa expresión de perplejidad que ponen los sobrevivientes de huracán.

—¿Ya viste? —le comentó doña Petra a su comadre Eufrasia—. Todos prometen arreglar lo mismo, pero se insultan como si fueran enemigos mortales.

—Es que cada uno quiere arreglarlo a su manera —respondió doña Eufrasia con la sabiduría práctica de quien sabe que hay mil formas de no hacer nada.

—¿Y si todos van a arreglar todo, por qué está todo tan descompuesto? —preguntó doña Petra con esa lógica aplastante que caracteriza a los pobres cuando se enfrentan a las paradojas del poder.

La pregunta se quedó flotando en el aire como humo de copal, porque nadie tenía una respuesta que no sonara a mamada.

El sábado llegó la cuarta oleada: los del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, que se distinguían por llevar sombreros charros y hablar como si acabaran de salir de una película de Pedro Infante.

—¡Paisanos! —gritó el líder, un señor de bigote espeso que parecía mariachi retirado—. ¡Aquí está don Cleofas Abundio, el hombre que va a regresar los valores tradicionales de México!

—¿Cuáles valores? —preguntó don Raúl con curiosidad genuina.

—¡La familia, la patria, el trabajo honrado!

—¿Y esos valores dónde andaban metidos que no los habíamos visto?

—¡Los políticos corruptos los tenían secuestrados! ¡Pero don Cleofas los va a rescatar!

Doña Petra soltó una risotada que espantó a los pollos.

—¿O sea que los valores andan perdidos como niño en feria?

—¡Exactamente, señora! ¡Pero ya llegó quien los va a encontrar!

Para el domingo, los vecinos ya no sabían ni qué pensar. Habían escuchado tantas promesas que se les revolvían en la cabeza como ingredientes de pozole. Todos los candidatos iban a duplicar las pensiones, crear empleos, dar casas, curar enfermos y resucitar muertos. Solo faltaba que prometieran cambiar el clima y hacer que los frijoles crecieran en macetas.

—Es muy raro —reflexionó don Raúl mientras se tomaba su café de olla matutino—. Si todos estos señores pueden arreglar México tan fácil, ¿por qué no se juntan y lo arreglan de una vez?

—Porque entonces no habría elecciones —respondió el profesor Menéndez, que pasaba por ahí en su caminata dominical—. Y sin elecciones, ¿cómo íbamos a saber que la democracia funciona?

—¿Pero funciona?

—¡Por supuesto! Mira nomás qué bien organizado está este desmadre.

El lunes apareció el quinto partido: Movimiento de Regeneración Nacional. Sus activistas llegaron en bicicletas, vestidos de blanco como enfermeros de manicomio, predicando la CUARTA TRANSFIGURACIÓN con fervor religioso.

—¡Hermanos! —gritó la líder, una señora que parecía directora de primaria en sus días libres—. ¡Ya basta de lo mismo! ¡Con la maestra Esperanza Morales vamos a transformar México desde las raíces!

—¿Otra Esperanza? —preguntó doña Eufrasia—. ¿Por qué todas las candidatas se llaman Esperanza?

—¡Porque representan la esperanza del pueblo!

—¿Y por qué todos los candidatos hombres se llaman Abundio?

—¡Porque representan la abundancia que viene!

Don Raúl ya no sabía si reír o llorar. Había tantas Esperanzas y Abundios en campaña que parecía convención de santos patronos de la política.

El martes llegó el sexto partido, el miércoles el séptimo, y para el jueves ya había tantos candidatos prometiendo milagros que la vecindad parecía Lourdes en temporada alta. Cada uno traía su propia versión del paraíso terrenal: unos prometían que iba a llover dinero, otros que los enfermos iban a sanar con solo tocar la boleta electoral, y los más audaces aseguraban que iban a convertir México en Suiza, pero sin quitar lo mexicano.

—¿Tú a quién le vas a creer? —le preguntó doña Petra a su marido mientras barría los volantes electorales que alfombraban su entrada.

—A ninguno —respondió don Raúl con la sabiduría del desencanto—. Pero voy a votar por el que prometa menos. Los que prometen mucho es porque saben que no van a cumplir nada.

—¿Y si todos prometen lo mismo?

—Entonces votamos por el que tenga la cara menos de político.

—¿Y cómo es la cara de político?

—Como cara de vendedor de carros usados, pero más fea.

Y mientras los ancianos filosofaban sobre los misterios de la democracia representativa, en alguna oficina de campaña, un asesor reportaba con satisfacción: "Los grupos focales confirman que la gente quiere cambio, estabilidad, progreso y tradición. Nuestro candidato promete las cuatro cosas, así que vamos ganando".

La democracia, como siempre, funcionaba perfectamente: daba a todos la oportunidad de elegir entre distintas formas de la misma pendejada.

Capítulo 4

El Padrón de la Confusión

El drama comenzó un martes por la mañana, cuando don Raúl decidió hacer algo que en setenta y tres años de vida había evitado con la misma determinación con que esquivaba las rifas de la iglesia: revisar si estaba dado de alta en el padrón electoral. No fue curiosidad cívica lo que lo motivó, sino pura necesidad práctica: uno de los candidatos había prometido despensas a cambio de mostrar la credencial de elector, y después de una semana comiendo frijoles refritos, hasta la democracia empezaba a sonar apetitosa.

Se dirigió al módulo del INE que habían instalado en el mercado municipal, donde una jovencita uniformada atendía a los ciudadanos con esa mezcla de paciencia y desesperación que caracteriza a los funcionarios electorales en temporada de campaña.

—Buenos días, joven —saludó don Raúl con la cortesía del anciano educado—. Quisiera saber si estoy en el padrón electoral.

La muchacha consultó su computadora con la seriedad de quien maneja secretos de Estado.

—¿Nombre completo?

—Raúl Jiménez Contreras.

—¿CURP?

Don Raúl la miró como si le hubiera preguntado el nombre de su perro en chino mandarín.

—¿El qué?

—La Clave Única de Registro de Población.

—Ah, esa cosa —respondió sacando de su cartera un papel doblado más veces que un origami japonés—. Aquí está, pero no sé si se puede leer.

La funcionaria descifró los jeroglíficos burocráticos con paciencia benedictina y tecleó los datos. Después de unos minutos que se sintieron como horas, frunció el ceño con preocupación.

—Señor... según el sistema, usted falleció el 15 de marzo de 2019.

Don Raúl se tocó el pecho, los brazos, se pellizcó las mejillas.

—Pues me siento bastante vivo para ser muerto.

—Es que aparece aquí, en el Registro Civil. Raúl Jiménez Contreras, finado por paro cardíaco.

—¿Y entonces qué estoy haciendo aquí? ¿Vine a votar desde el más allá? La muchacha consultó un manual con la desesperación de quien busca respuestas en textos sagrados.

—Tiene que ir al Registro Civil a aclarar la situación. Sin el acta de defunción cancelada, no puede votar.

—¿Tengo que demostrar que estoy vivo?

—Exactamente.

Don Raúl salió del módulo con esa sensación de irrealidad que produce el contacto con la burocracia mexicana. Era oficialmente un muerto que caminaba, un zombi electoral, un difunto con credencial para votar vencida.

En el camino de regreso se encontró con doña Petra, que venía de hacer el mismo trámite con expresión de perplejidad cósmica.

—¿Y a ti cómo te fue, vieja?

—Mal, viejo. Según ellos, yo vivo en la calle de la Amargura número 666, colonia El Infierno.

—¿Y esa dirección existe?

—¡Ni madres! Yo vivo en la vecindad desde hace cincuenta años, pero según el sistema mi domicilio es una pinche fantasía.

—Pues yo estoy peor. Según el gobierno, me morí hace cinco años.

Se miraron con esa complicidad matrimonial que se forja después de décadas de enfrentar juntos las pendejadas del mundo. Ella vivía en un lugar inexistente, él estaba oficialmente muerto, pero ambos seguían pagando predial, luz, agua y todos los impuestos que les cobraba un Estado que aparentemente no sabía ni quiénes eran ni dónde vivían.

—¿Qué hacemos? —preguntó doña Petra.

—Vamos a arreglar este desmadre —respondió don Raúl con la determinación del anciano que ya no tiene nada que perder.

Su primera parada fue el Registro Civil, una oficina que parecía diseñada por alguien que odiaba profundamente a la humanidad. Las filas eran laberínticas, los formularios estaban escritos en latín burocrático, y los empleados atendían con esa cortesía glacial que caracteriza a los funcionarios mexicanos cuando ejercen su único poder real: joder al ciudadano.

—Vengo a reportar que no estoy muerto —le explicó don Raúl al empleado, un sujeto que parecía cadáver profesional.

—¿Tiene el acta de defunción?

—¿Cómo voy a tener mi acta de defunción si no estoy muerto?

—Sin el documento no puedo proceder.

—Pero el documento dice que estoy muerto, y yo estoy aquí diciéndole que no.

—El documento es la evidencia oficial.

—¿Y yo qué soy?

—Un ciudadano que dice no estar muerto, pero no puede comprobarlo.

Don Raúl sintió que la lógica kafkiana de la burocracia mexicana estaba a punto de darle un infarto real, lo cual resolvería el problema de manera definitiva pero poco satisfactoria.

—¿Qué necesito para demostrar que estoy vivo?

—Una constancia de supervivencia expedida por un médico legista.

—¿Un médico legista? ¿Esos que examinan muertos?

—Exactamente. Ellos certifican que usted no presenta signos de defunción.

Mientras don Raúl lidiaba con su muerte burocrática, doña Petra enfrentaba su propio calvario en la oficina de Catastro, donde intentaba explicar que su domicilio real no coincidía con su domicilio oficial.

—Señora, según nuestros registros, usted habita en un domicilio que geográficamente no puede existir —le explicó una funcionaria que hablaba como robot programado para torturar ciudadanos.

—Pues aquí tengo recibos de luz, agua, predial, teléfono...

—Esos documentos corresponden a un domicilio diferente al registrado en su CURP.

—Entonces cambien el registro.

—No puedo cambiar el registro sin constancia domiciliaria del domicilio registrado.

—¿Pero cómo voy a traer constancia de un domicilio que no existe?

—Ese es su problema, señora.

Doña Petra sintió la tentación de estrangular a la funcionaria con sus propias manos, pero a los setenta años ya no tenía fuerza para homicidios, así que se limitó a maldecir en voz baja mientras salía de la oficina.

Al encontrarse nuevamente, los ancianos intercambiaron sus respectivos calvarios burocráticos con esa resignación cómica de quien ha descubierto que el Estado mexicano funciona como telenovela surrealista.

—¿Sabes qué? —reflexionó don Raúl—. Llevamos cincuenta años pagando impuestos a un gobierno que no sabe si estamos vivos o muertos, ni dónde vivimos.

—Pero eso sí, cuando hay que pagar, ahí sí nos encuentran rapidito —agregó doña Petra con sabiduría popular.

Decidieron buscar ayuda profesional y se dirigieron a la oficina del profesor Menéndez, quien los recibió con esa sonrisa melancólica de

maestro jubilado que ha visto demasiadas reformas educativas para sorprenderse con las pendejadas gubernamentales.

—Déjame adivinar —dijo antes de que le contaran el problema—. Tú estás muerto y tú vives en un lugar que no existe.

—¿Cómo supo?

—Porque es temporada electoral, y siempre pasa lo mismo. El padrón electoral es como el horóscopo: dice cosas raras que no tienen nada que ver con la realidad, pero todo mundo lo consulta como si fuera verdad revelada.

—¿Y qué hacemos?

—Nada. Es el sistema funcionando perfectamente.

—¿Cómo que funcionando? ¡Si no funciona ni madres!

—Claro que funciona. Fíjense: ustedes no pueden votar porque están mal registrados, pero los candidatos sí pueden recibir votos de gente que no existe, que está muerta, o que vive en domicilios fantasma. Es un sistema perfecto para mantener la democracia sin ciudadanos reales.

Don Raúl se rascó la cabeza con perplejidad cósmica.

—¿O sea que vamos a tener elecciones donde votarán puros muertos y fantasmas?

—Exactamente. Y como los muertos y los fantasmas no se quejan, los políticos pueden gobernar en paz.

—¿Y nosotros qué pintamos en este desmadre?

—Ustedes son la decoración democrática. Están ahí para que la gente crea que el sistema es para el pueblo, pero no pueden participar porque el sistema no los reconoce como pueblo real.

Doña Petra soltó una carcajada que espantó a los gatos del vecindario.

—¡Pinche gobierno pendejo! Nos cobra como si fuéramos ciudadanos, pero nos trata como si fuéramos fantasmas.

—Es que son las dos cosas —explicó el profesor con didáctica paciencia—. Son ciudadanos cuando hay que pagar impuestos, y fantasmas cuando hay que recibir servicios. Es el milagro de la democracia mexicana: hacer que la misma persona sea real e inexistente al mismo tiempo.

Regresaron a su casa con esa mezcla de resignación y asombro que produce el contacto prolongado con la lógica gubernamental. Don Raúl siguió oficialmente muerto pero pagando predial, doña Petra continuó viviendo en un domicilio inexistente pero recibiendo recibos de luz, y ambos permanecieron excluidos de unas elecciones donde supuestamente iban a elegir a quienes los representarían.

—¿Sabes qué es lo más cabrón? —reflexionó don Raúl mientras se tomaba su café de muerto viviente—. Que todos esos candidatos que vinieron a prometernos milagros van a gobernar sin que nosotros podamos votarlos.

—Pero van a gobernar para nosotros —respondió doña Petra con ironía—. O sea, para fantasmas que viven en lugares que no existen.
—Entonces van a ser políticas fantasma para ciudadanos fantasma.
—Y van a cobrar sueldos reales por gobernar fantasmas.
—¡Pinche negocio!

Y mientras los ancianos filosofaban sobre los misterios de la representación democrática, en alguna oficina electoral un funcionario reportaba con satisfacción: "El padrón está actualizado al 99.7%. Las inconsistencias menores no afectan la legitimidad del proceso."

La democracia, como siempre, funcionaba perfectamente: exclusiva, eficiente y completamente desconectada de la realidad.

Esa noche, don Raúl tuvo un sueño extraño. Soñó que llegaba al cielo y san Pedro le decía: "Tú no puedes entrar porque según mis registros todavía estás vivo." Y entonces bajaba al infierno, donde Satanás le decía: "Tú tampoco puedes entrar porque según mis registros ya estás muerto."

Despertó con la certeza de que había descubierto el verdadero infierno: ser ciudadano mexicano en año electoral.

Capítulo 5

Los Debates del Comedor

La paz dominguera de la vecindad se fue al carajo cuando don Ernesto decidió que ya era hora de que sus vecinos conocieran la verdad revelada sobre las bondades del Partido Revolucionario Institucional. Armado con un periódico arrugado y la soberbia de quien se cree poseedor de la sabiduría política universal, se plantó en el patio común como predicador laico del priismo eterno.

—¡Oigan todos! —vociferó con voz de vendedor ambulante—. ¡Aquí dice que el PRI va a regresar las tortillerías a manos del pueblo!

Doña Petra, que lavaba ropa en su lavadero, alzó la vista con esa expresión de fastidio que ponen las mujeres cuando los hombres empiezan a decir pendejadas en domingo.

—¿Y de quién son ahorita las tortillerías, don Ernesto?

—¡Del pueblo también! —respondió con la lógica aplastante del militante incondicional—. ¡Pero ahora van a ser más del pueblo!

—¿Más del pueblo que del pueblo? —preguntó don Raúl desde su silla, donde descansaba su condición de muerto viviente—. Explíqueme esa aritmética, vecino.

Don Ernesto desplegó el periódico como si fuera pergamino sagrado y leyó con solemnidad teatral:

—"El candidato priista promete recuperar la soberanía alimentaria mediante la nacionalización de la industria tortillera." ¿Ven? ¡Van a nacionalizar las tortillas!

—¿Y eso qué significa? —preguntó doña Eufrasia, que había salido atraída por el escándalo.

—¡Que las tortillas van a ser del gobierno!

—¿O sea que ahora vamos a necesitar credencial de elector para comprar tortillas?

—¡No sean ignorantes! —se exasperó don Ernesto—. ¡Significa que van a ser más baratas porque el gobierno las va a controlar!

Don Raúl soltó una carcajada que espantó a los gatos.

—Ah, sí. Como cuando controlaron los precios de la gasolina y se volvió baratísima.

—¡Eso fue culpa del neoliberalismo!

—¿Y quién vendió Pemex al neoliberalismo?

—¡Los panistas!

—¿Y quién gobernó setenta años antes de los panistas?

Don Ernesto se quedó callado por primera vez en su vida, no porque hubiera entendido la contradicción, sino porque estaba calculando cómo echarle la culpa de los setenta años priistas a los dos sexenios panistas.

La discusión se interrumpió cuando doña Eufrasia decidió defender a su candidata de Movimiento Ciudadano con el fervor de madre protegiendo a su hijo favorito.

—¡Ustedes están todos equivocados! —gritó blandiendo una calcomanía fosforescente—. ¡La licenciada Sandra Esperanza sí va a cumplir porque es mujer, y las mujeres somos más honestas!

—¿Más honestas que quién? —preguntó doña Petra con curiosidad genuina.

—¡Que los hombres! ¡Los hombres nada más roban y mienten!

—¿Y las mujeres qué hacen?

—¡Nosotras cuidamos a la familia y manejamos el dinero sin robarnos nada!

Don Raúl se rascó la barba con perplejidad cósmica.

—¿O sea que su candidata va a gobernar como ama de casa?

—¡Exactamente! ¡Va a cuidar México como si fuera su hogar!

—¿Y si México se porta mal, lo va a castigar sin cenar?

—¡Se van a reír, pero van a ver! ¡Cuando esté gobernando una mujer, se van a acabar la corrupción y los vicios!

En ese momento apareció don Plácido, cargando una bandera del PAN como si fuera estandarte de cruzada medieval. Su llegada causó el mismo revuelo que la aparición de un fantasma en misa de gallo.

—¡Aquí está la verdadera alternativa! —anunció con voz de locutor de radio—. ¡El Partido Acción Nacional, la opción de la gente decente!

—¿Gente decente? —preguntó doña Petra—. ¿Y nosotros qué somos?

—¡Ustedes también pueden ser decentes si votan por el PAN!

—¿O sea que ahorita somos indecentes?

—¡No dije eso!

—¿Entonces qué dijo?

Don Plácido se enredó en su propia retórica como pescador novato en su propia red. Había venido a evangelizar panistamente y terminó ofendiendo a todo el vecindario sin querer.

—¡Lo que quiero decir es que el PAN representa los valores familiares tradicionales!

—¿Cuáles valores? —preguntó don Raúl con curiosidad científica.

—¡El trabajo, la honradez, la religión!

—¿Y esos valores no los tenemos?

—¡Sí los tienen! ¡Pero con el PAN los van a tener más!

—¿Más trabajo, más honradez, más religión?

—¡Exactamente!

Don Raúl se quedó pensativo. La idea de tener más religión lo aterraba: ya con una misa dominical tenía suficiente contacto con lo divino para toda la semana.

La discusión alcanzó niveles épicos cuando llegó doña Agripina cargando material de campaña de CAMBUJA como si trajera las nuevas tablas de la ley. Su aparición provocó el mismo silencio reverencial que la llegada del Papa a la vecindad.

—¡Hermanos! —proclamó con voz de predicadora evangelista—. ¡Aquí está la verdadera transformación! ¡Ya basta de lo mismo! ¡Con CAMBUJA vamos a regenerar México desde las raíces!

—¿Regenerar? —preguntó don Ernesto con desconfianza—. ¿Como regenerar el hígado después de una borrachera?

—¡Como regenerar la esperanza del pueblo!

—¿Y dónde había dejado el pueblo la esperanza?

—¡Se la robaron los neoliberales!

—¿Los mismos que le robaron las tortillas a don Ernesto?

—¡Exactamente! ¡Pero ya llegó la CUARTA TRANSFIGURACIÓN para devolverle todo al pueblo!

Don Raúl alzó la mano como alumno aplicado.

—Perdón, doña Agripina. ¿Cuáles fueron las primeras tres transformaciones?

Doña Agripina se quedó muda por primera vez desde la invención del micrófono. Sabía que había tres transformaciones anteriores porque así lo decía el discurso, pero nadie le había explicado cuáles eran exactamente.

—¡Las que fueron necesarias para llegar a la cuarta! —respondió con la lógica circular del militante fanático.

—¿O sea que fueron tres transformaciones para poder hacer la CUARTA TRANSFIGURACIÓN?

—¡Así es!

—¿Y después de la cuarta va a venir la quinta?

—¡Solo si el pueblo lo decide!

El debate se había convertido en un carnaval de sinrazones donde cada quien defendía su absurdo particular con la convicción del iluminado. Don Ernesto prometía tortillas nacionalizadas, doña Eufrasia gobierno doméstico, don Plácido decencia obligatoria, y doña Agripina transformaciones en serie como si fueran telenovelas.

—¿Saben qué? —intervino el profesor Menéndez, que había estado observando el espectáculo desde su ventana—. Todos sus candidatos prometen lo mismo con palabras diferentes.

—¡Eso no es cierto! —gritaron los cuatro al unísono.

—Claro que sí. Todos prometen acabar con la corrupción, crear empleos, mejorar la educación, dar salud para todos y hacer de México un país próspero. La única diferencia son los colores de sus playeras.

—¡Pero mi candidato sí va a cumplir! —insistió don Ernesto.

—¡Y el mío también! —gritó doña Eufrasia.

—¡El mío más! —añadió don Plácido.

—¡El mío es el único que puede! —concluyó doña Agripina.

Don Raúl se levantó de su silla con la solemnidad del filósofo que va a revelar una verdad incómoda.

—¿Puedo hacer una pregunta? Si todos van a arreglar todo, ¿por qué todo sigue descompuesto después de tantas elecciones?

El silencio que siguió fue tan profundo que se podía escuchar el pensamiento de las cucarachas. Era una pregunta tan sencilla y tan devastadora que ninguno de los cuatro militantes tenía respuesta preparada.

—Es que... —comenzó don Ernesto.

—Es que... —siguió doña Eufrasia.

—Es que... —continuó don Plácido.

—Es que... —remató doña Agripina.

—¿Es que qué? —insistió don Raúl.

—¡Es que no han gobernado los candidatos correctos! —respondieron al unísono, como coro griego de la democracia frustrada.

—¿Y cómo saben que ahora sí van a gobernar los correctos?

—¡Porque así lo prometen!

—¿Como prometían los anteriores?

—¡Esos eran mentirosos!

—¿Y estos por qué no?

—¡Porque estos sí dicen la verdad!

Don Raúl se rascó la cabeza con la perplejidad del zen master que ha alcanzado la iluminación por accidente.

—¿O sea que los políticos se dividen en dos grupos: los que mienten y dicen que dicen la verdad, y los que dicen la verdad y dicen que dicen la verdad?

—¡Exacto!

—¿Y cómo distinguimos unos de otros?

—¡Por el partido al que pertenecen!

—¿Y quién decide cuál partido dice la verdad?

—¡Nosotros!

—¿Y cómo sabemos si nosotros sabemos cuál dice la verdad?

—¡Porque tenemos criterio!

—¿Y de dónde sacamos el criterio?

—¡De la información!

—¿Y quién nos da la información?

—¡Los candidatos!

Don Raúl sintió que había descubierto el círculo vicioso perfecto: los ciudadanos decidían cuáles políticos decían la verdad basándose en información proporcionada por los mismos políticos. Era como pedirle a un ladrón que certificara su propia honestidad.

—¿Saben qué creo? —dijo finalmente—. Creo que todos los candidatos son iguales, y nosotros somos pendejos por creer que alguno es diferente.

—¡Eso es muy negativo! —protestó doña Agripina.

—¿Negativo? ¡Es realista! Llevamos décadas eligiendo entre diferentes formas de la misma pendejada, y siempre esperamos resultados diferentes.

—¡Pero hay que tener fe en la democracia!

—¿Fe? ¿Como la fe en que los Reyes Magos existen?

—¡La democracia sí funciona!

—¿Dónde? ¿En qué país? ¿En qué dimensión paralela?

El debate terminó como terminan todos los debates políticos en México: con cada quien más convencido de sus propias razones y más seguro de que los demás eran unos pendejos. Don Ernesto se fue a su casa prometiendo tortillas nacionalizadas, doña Eufrosia regresó a su cocina soñando con gobierno doméstico, don Plácido se retiró a sus aposentos planificando la decencia obligatoria, y doña Agripina se dirigió a su cuarto a meditar sobre la quinta transformación.

Don Raúl se quedó solo en el patio, contemplando los restos de propaganda electoral que alfombraban el suelo como confeti de una fiesta que nadie había disfrutado.

—¿Sabes qué, Petra? —le dijo a su mujer—. Creo que ya sé por qué estoy oficialmente muerto. El gobierno me mató de decepción, pero todavía no me he dado cuenta.

—¿Y yo por qué vivo en un domicilio inexistente?

—Porque la realidad es demasiado culera para que el gobierno la reconozca oficialmente.

Y mientras los ancianos filosofaban sobre los misterios de la representación democrática, en alguna oficina de campaña un asesor reportaba con satisfacción: "Las encuestas confirman que los ciudadanos están altamente politizados y comprometidos con el proceso electoral. La democracia mexicana goza de excelente salud."

La democracia, como siempre, funcionaba perfectamente: daba a todos la oportunidad de discutir apasionadamente sobre cuál era la mejor forma de seguir jodidos.

Capítulo 6

La Visita Ilustre

El miércoles por la mañana, la vecindad despertó con el estruendo de una caravana que parecía invasión extraterrestre. Camionetas blindadas, motocicletas ruidosas y una flotilla de Suburbans negros con vidrios polarizados se estacionaron frente a la entrada como si vinieran a arrestar a Pablo Escobar en persona.

De los vehículos descendió un ejército de tipos trajeados que hablaban por radios secretos y se comportaban como si protegieran al mismísimo papa Francisco. Detrás de ellos apareció un séquito de cámaras, reporteros y una mujer con una perisqueta que coordinaba el operativo con la precisión de un general planeando el Día D en Normandía.

—¡Atención, ciudadanos! —vociferó la mujer de la perisqueta con voz de maestra regañona—. ¡En treinta minutos nos visita el licenciado Rogelio Ampudia Santibáñez, candidato a la gubernatura! ¡Es un honor histórico para esta comunidad!

Don Raúl asomó la cabeza desde su ventana con la curiosidad del gato que huele pescado podrido.

—¿Y nosotros pedimos esa visita?

—¡Es parte de su gira por los sectores populares! ¡El licenciado quiere estar cerca del pueblo!

—¿Tan cerca que necesita veinte guardaespaldas?

La coordinadora lo ignoró olímpicamente y continuó dirigiendo el operativo como directora de cine de quinta categoría.

—¡Necesito que todos salgan al patio! ¡Vamos a tomar fotografías con el candidato!

—¿Y si no queremos salir? —preguntó doña Petra desde su lavadero.

—¡Claro que quieren! ¡Es una oportunidad única de participar en la democracia!

—¿Participar o servir de utilería?

—¡Las dos cosas! ¡Pero principalmente la segunda!

En cuestión de minutos, la vecindad se transformó en set cinematográfico barato. Los operadores montaron una tarima portátil, colgaron mantas con consignas ("¡Rogelio Sí Cumple!", "¡El Cambio Que Necesitamos!", "¡Un Hombre del Pueblo!") y distribuyeron camisetas naranjas fosforescentes que decían "Rogelio 2025" con letras que parecían escritas por niño de kínder.

—¡Pónganse las playeras! —ordenó la coordinadora.

—¿Son obligatorias? —preguntó don Raúl.

—¡Son gratuitas!

—No es lo mismo.

—¡Para efectos prácticos sí!

Don Ernesto apareció ya ataviado con la camiseta naranja, como si hubiera nacido con ella puesta.

—¡Yo sí apoyo al licenciado Rogelio! —declaró con fervor religioso—. ¡Es un hombre preparado!

—¿Preparado para qué? —preguntó doña Petra.

—¡Para gobernar!

—¿Y en qué se nota la preparación?

—¡En que estudió en universidades de prestigio!

—¿Y eso lo hace buen gobernante?

—¡Por supuesto! ¡La educación es la base del progreso!

Don Raúl se rascó la barba con perplejidad cósmica.

—¿O sea que todos los políticos corruptos que han gobernado México eran analfabetas?

—¡Esos no tenían la preparación del licenciado Rogelio!

—¿Y él qué tiene diferente?

—¡Que sí va a cumplir!

—¿Como cumplieron los otros cuando prometieron que iban a cumplir?

Don Ernesto se quedó mudo, no porque hubiera entendido la lógica circular, sino porque estaba calculando cómo defender lo indefendible sin sonar más pendejo de lo normal.

La llegada del candidato fue anunciada por el rugido de motores y el ulular de sirenas, como si llegara el presidente de Estados Unidos a negociar el tratado de libre comercio. De la Suburban principal

descendió un sujeto de cincuenta años, traje azul marino, corbata roja, cabello perfectamente peinado con gel industrial y sonrisa de vendedor de seguros de vida.

El licenciado Rogelio Ampudia Santibáñez tenía esa apariencia de político manufacturado en serie: ni muy alto ni muy bajo, ni muy gordo ni muy flaco, ni muy guapo ni muy feo. Era el prototipo del candidato diseñado por comité de marketing para no ofender a nadie y no inspirar a nadie tampoco.

—¡Buenos días, queridos hermanos! —saludó con voz de locutor de radio patrocinado por Coca-Cola—. ¡Qué alegría estar aquí, en el corazón del pueblo!

Los vecinos lo miraron con esa mezcla de curiosidad y desconfianza que se reserva para los vendedores ambulantes que ofrecen milagros médicos a precio de ganga.

—¡Vengo a escuchar sus necesidades! —continuó el candidato—. ¡Porque un gobernante que no conoce los problemas del pueblo no puede resolverlos!

—¿Y usted cuáles conoce? —preguntó don Raúl con inocencia fingida.

El candidato lo miró como si le hubiera hablado en swahili, pero su sonrisa no se inmutó ni un milímetro.

—¡Conozco todos los problemas que aquejan a nuestras comunidades! ¡La falta de empleo, la inseguridad, los servicios deficientes!

—¿Y cómo los va a resolver?

—¡Con trabajo, honestidad y compromiso!

—¿Eso es plan de gobierno o consejo de autoayuda?

La coordinadora intervino rápidamente antes de que el candidato tuviera que improvisar respuestas específicas.

—¡Licenciado, necesitamos las fotografías para la prensa!

Como por arte de magia, los vecinos fueron acomodados estratégicamente: don Raúl y doña Petra en primera fila (como representantes de la tercera edad), doña Eufrosia con su nieto (familia trabajadora), don Plácido con su uniforme de vigilante (sector laboral), y hasta el profesor Menéndez fue convocado para representar la intelectualidad popular.

—¡Sonrían! —gritó el fotógrafo—. ¡Es un momento histórico!

—¿Histórico de qué? —murmuró don Raúl.

—¡De la pendejada colectiva! —le respondió doña Petra en voz baja.

El candidato se colocó en el centro del grupo con los brazos extendidos, como Cristo Redentor bendiciendo a los humildes. Su sonrisa se intensificó hasta niveles que desafiaban las leyes de la anatomía facial.

—¡Estos son mis hermanos! —declaró para las cámaras—. ¡Con ellos voy a construir el gobierno del pueblo!

—¿Y nosotros vamos a estar en el gobierno? —preguntó doña Eufrasia con curiosidad genuina.

—¡Ustedes son el gobierno! ¡Yo solo voy a ser su servidor!

—¿O sea que usted va a trabajar para nosotros?

—¡Exactamente!

—¿Y cuánto nos va a costar ese servicio?

El candidato titubeó por primera vez desde su llegada. Nadie le había enseñado a responder preguntas sobre su sueldo sin sonar como parásito profesional.

—¡Mi sueldo lo fija la ley!

—¿Y quién hizo la ley?

—¡Los diputados!

—¿Y quién paga a los diputados?

—¡El pueblo!

—¿O sea que el pueblo paga para que los diputados fijen cuánto le cuesta el servidor que el pueblo no pidió?

El candidato se quedó enredado en su propia lógica como araña en su propia telaraña. Sus asesores intercambiaron miradas de pánico: no habían preparado respuestas para preguntas inteligentes.

—¡Lo importante es que vamos a trabajar juntos! —declaró, regresando al guion preestablecido.

—¿Juntos cómo? —insistió don Raúl—. ¿Usted va a venir a ayudarme a arreglar mi techo?

—¡Voy a crear programas de vivienda!

—¿Y mientras tanto mi techo se sigue lloviendo?

—¡Los programas van a ser muy efectivos!

—¿Como los programas anteriores?

—¡Esos no funcionaron porque no había voluntad política!

—¿Y usted sí tiene voluntad política?

—¡Toda la voluntad del mundo!

—¿La misma voluntad que tenían los otros cuando prometieron que tenían toda la voluntad del mundo?

El candidato comenzó a sudar a pesar del aire fresco matutino. Sus respuestas se volvían cada vez más genéricas, como disco rayado de promesas recicladas.

En ese momento apareció un camión cargado de tortas y refrescos, como maná celestial enviado para salvar al candidato del interrogatorio implacable.

—¡Llegó el refrigerio! —anunció la coordinadora con alivio visible—. ¡Cortesía del licenciado Rogelio!

Los vecinos se lanzaron sobre las tortas con el entusiasmo de náufragos que ven tierra firme. El candidato aprovechó la distracción para refugiarse entre sus asesores y repasar el discurso de despedida.

—¡Queridos hermanos! —volvió a vociferar cuando todos tenían la boca llena—. ¡Llevo sus rostros grabados en mi corazón! ¡Sus problemas son mis problemas! ¡Sus sueños son mis sueños!

—¿Y sus impuestos también van a ser sus impuestos? —preguntó don Raúl con la boca llena de torta.

—¡Los impuestos son inversión en el futuro!

—¿El futuro de quién?

—¡De todos!

—¿Incluyendo el suyo?

—¡Mi futuro está ligado al futuro del pueblo!

—¿Como accionista mayoritario?

El candidato decidió que ya había estado suficiente tiempo "cerca del pueblo" y se dirigió hacia su camioneta blindada con la prisa de quien huye de un incendio.

—¡Gracias por este encuentro tan enriquecedor! —gritó mientras subía al vehículo—. ¡Nos vemos en las urnas!

—¡Espérese! —le gritó doña Petra—. ¡Todavía no nos ha dicho su nombre!

—¡Rogelio Ampudia Santibáñez! ¡Su futuro gobernador!

—¿Y nosotros cómo nos llamamos?

El candidato se quedó mudo. Había pasado cuarenta minutos prometiendo resolver los problemas de gente cuyos nombres no había preguntado y no recordaba.

—¡Ustedes son... el pueblo! —respondió finalmente con la creatividad de un burócrata rellenando formularios.

La caravana se retiró con el mismo estruendo con que había llegado, dejando tras de sí nubes de polvo, envolturas de torta y la sensación de haber participado en una obra de teatro del absurdo.

—¿Saben qué? —reflexionó don Raúl mientras se quitaba la camiseta naranja—. Creo que ese güey va a gobernar sin saber quiénes somos, dónde vivimos ni qué necesitamos.

—Como todos —respondió doña Petra con sabiduría popular—. La única diferencia es que este ni siquiera se molestó en fingir que le importábamos.

—¿Y la foto para qué era?

—Para demostrar que sí le importamos.

—¿A quién?

—A los que van a votar por él porque salió en la foto con gente que le importa.

Don Raúl se rascó la cabeza con perplejidad cósmica. Acababa de descubrir otra paradoja democrática: los políticos se fotografiaban con ciudadanos para demostrar que se preocupaban por ciudadanos que nunca volverían a ver.

Al día siguiente, la foto apareció en todos los periódicos locales con el pie de página: "El licenciado Rogelio Ampudia Santibáñez comparte con los sectores más necesitados su compromiso por un gobierno cercano a la gente."

En la imagen, el candidato sonreía radiante rodeado de vecinos que parecían extras de telenovela barata. Don Raúl apareció identificado como "don Roberto, jubilado", doña Petra como "doña Patricia, ama de casa ejemplar", y el resto del vecindario fue catalogado genéricamente como "familias trabajadoras que confían en el cambio."

—¡Ni siquiera pusieron bien nuestros nombres! —se quejó doña Petra.

—¿Para qué los iban a poner bien si no los saben? —respondió don Raúl

—. Somos utilería humana: intercambiables, anónimos y desechables.

—¿Y las tortas?

—Esas sí estaban buenas. Fue lo único real de toda la visita.

Y mientras los ancianos filosofaban sobre los misterios de la representación fotogénica, en alguna oficina de campaña un asesor reportaba con satisfacción: "La gira por sectores populares fue un éxito total. Las imágenes confirman el compromiso del candidato con los más vulnerables."

La democracia, como siempre, funcionaba perfectamente: daba a todos la oportunidad de aparecer en fotos que demostraban cuánto les importaban a gente que no sabía ni cómo se llamaban.

Capítulo 7

El Día D (de Democracia)

El domingo amaneció con esa solemnidad falsa que acompaña a los eventos que se supone cambian la historia pero que en realidad no cambian ni la marca del detergente. A las seis de la mañana, cuando ni los gallos habían terminado de desperezarse, ya resonaban por las bocinas del camión de la basura los himnos patrios mezclados con spots publicitarios que prometían "un nuevo amanecer para México" patrocinado por una cervecería.

Don Raúl despertó con la resignación del condenado a muerte que sabe que su última comida va a ser frijoles refritos. Miró por la ventana el desfile de ciudadanos que se dirigían a cumplir con su "sagrado deber cívico" cargando credenciales de elector como si fueran pasaportes al paraíso terrenal.

—¿Ya vamos a votar, viejo? —le preguntó doña Petra mientras se aplicaba la crema que había comprado en el tianguis y que prometía "rejuvenecer diez años o devolver su dinero".

—¿Para qué? ¿Para elegir entre diferentes formas de la misma chingadera?

—¡Ay, Raúl! ¡Es nuestro derecho democrático!

—¿Derecho? ¡Es nuestro castigo democrático! Nos obligan a elegir entre varios pendejos para que después no podamos quejarnos porque "nosotros los elegimos".

—¡Pero hay que participar!

—¿Participar en qué? ¿En una obra de teatro donde nosotros ponemos el dinero, ellos actúan, y al final aplauden que la función salió "muy democrática"?

Doña Petra se resignó a que su marido fuera a votar con el mismo entusiasmo con que se va al dentista: sabiendo que es necesario pero esperando que duela lo menos posible.

La casilla electoral estaba instalada en la escuela primaria "Benito Juárez", ese mismo edificio donde generaciones de niños habían aprendido que México era una democracia representativa y que todos los ciudadanos tenían voz y voto en las decisiones nacionales. Ironías del destino: el lugar donde se enseñaban mentiras oficiales se había convertido en el lugar donde se ejercían mentiras electorales.

Al llegar, don Raúl se encontró con un espectáculo que hubiera hecho reír a Cantinflas y llorar a Sócrates. Una fila de ciudadanos esperaba su turno para votar, cada uno con su teoría personal sobre por quién votar y por qué:

—¡Yo voy a votar por el del PRI porque mi papá siempre votó por el PRI!
—declaraba una señora que parecía haber heredado las preferencias políticas junto con la vajilla de la abuela.

—¡Pues yo voy por el del PAN porque dicen que es muy católico! —respondía otra, como si la santidad fuera garantía de buen gobierno y no hubiera existido nunca un papa Borgia.

—¡Yo por la de Movimiento Ciudadano porque es mujer, y las mujeres somos más honestas! —añadía una tercera, con esa lógica que convierte el género en predictor de virtudes morales.

—¡Y yo por el de CAMBUJA porque ya me cansé de los mismos de siempre! —completaba una cuarta, sin darse cuenta de que "los mismos de siempre" incluían al candidato de CAMBUJA, que llevaba cuarenta años siendo "los mismos de siempre" pero con diferentes siglas cuando decidió simplemente cambiarse de partido como lo hicieron más de la mitad de los integrantes de ese partido.

Don Raúl escuchaba estos razonamientos con la fascinación del antropólogo que estudia rituales tribales incomprensibles. ¿Cómo era

posible que en pleno siglo XXI la gente siguiera creyendo que el color de la playera determinaba la calidad del político que la usaba?

En la entrada de la casilla, los representantes de los partidos montaban guardia como centinelas de la democracia, cada uno con su gafete oficial y su manual de "Cómo detectar irregularidades sin entender realmente qué está pasando".

—¡Aquí está mi credencial! —le dijo don Raúl al funcionario de casilla, un profesor de matemáticas que había sido reclutado para el cargo con la misma voluntariedad con que se recluta a la gente para el servicio militar.

—A ver... —revisó el profesor con lentitud de burócrata experimentado—. ¿Raúl Mendieta Sánchez?

—Ese mero.

—¿Domicilio en Privada de los Nogales número 47?

—Según el INE, sí. Según la realidad, esa calle no existe.

—¿Cómo que no existe?

—Existe en los mapas del gobierno, pero no en el mundo real. Es como la honestidad de los políticos: todo mundo la ubica en teoría, pero nadie la ha visto en práctica.

El funcionario lo miró con esa expresión de desconcierto que ponen los empleados públicos cuando la realidad contradice sus formularios oficiales.

—¿Pero sí vive usted aquí en la colonia?

—¡Claro que vivo aquí! ¡Llevo treinta años viviendo aquí! Lo que pasa es que según los registros oficiales, yo estoy muerto y mi casa no existe. Pero aquí andamos, bien muertos y bien inexistentes, listos para ejercer nuestros derechos zombis.

—Pues... como sí tiene credencial... y aparece en la lista, puede votar.

—¡Perfecto! Un muerto que vive en un domicilio inexistente va a elegir entre candidatos que prometen resolver problemas que no reconocen para beneficiar a un pueblo que no conocen. ¡Así sí funciona la democracia!

Don Raúl tomó su boleta electoral como quien recibe una receta médica para una enfermedad incurable. La contempló con esa mezcla de resignación y náusea que produce saber que tienes que tragar una medicina que no te va a curar pero que te han convencido de que es necesaria.

Los nombres en la boleta eran un muestrario de la creatividad mexicana para generar esperanzas sintéticas: "Rogelio Ampudia Santibáñez - El Cambio que Necesitamos", "Sandra Esperanza Gutiérrez - Un Gobierno con Corazón de Mujer", "Miguel Ángel Transformación Rodríguez - La CUARTA TRANSFIGURACIÓN Continúa", "Francisco Renovación Martínez - Nueva Visión, Nuevos Tiempos".

—¿Ya vio qué nombres tan bonitos? —le comentó doña Eufrasia, que estaba en la fila detrás de él—. "Esperanza", "Transformación", "Renovación"... ¡Parecen nombres de telenovela!

—¡Y van a actuar igual que en las telenovelas! —respondió don Raúl—. Puro drama, muchas promesas, final predecible, y al final todos seguimos jodidos pero entretenidos.

—¡Ay, don Raúl, qué negativo es usted!

—¿Negativo? ¡Soy realista! El día que un político cumpla aunque sea la mitad de lo que promete, ese día voy a creer en los Reyes Magos otra vez.

Don Raúl entró a la mampara de votación con la solemnidad del sacerdote que va a officiar una misa en latín sin saber latín. Contempló la boleta durante largos minutos, no porque fuera difícil decidir, sino porque estaba fascinado por el absurdo de la situación: un muerto oficial eligiendo entre vivos oficiales para que gobernaran a ciudadanos oficialmente existentes en un país oficialmente democrático.

Finalmente marcó su voto con el criterio científico que había desarrollado después de décadas de desencantos electorales: eligió al candidato cuya foto se veía menos mentirosa. No es que pareciera más honesto, sino menos evidentemente deshonesto, que ya era ganancia... pensando que para "ser", primero hay que "parecer".

Al salir de la mampara, depositó su voto en la urna con la ceremonia del creyente que deja su ofrenda en el altar: sabiendo que probablemente no va a servir de nada, pero cumpliendo con el ritual porque así lo manda la tradición.

—¡Felicidades, ciudadano! —le dijo el funcionario de casilla—. ¡Ha ejercido su derecho democrático!

—¿Felicidades por qué? ¿Por haber elegido entre diferentes formas de seguir jodido?

—¡Por participar en la democracia!

—¡Ah, sí! Como cuando participas en una rifa donde todos los números son perdedores, pero te felicitan por haber comprado tu boleto.

Al salir de la casilla, don Raúl se encontró con don Ernesto, que radiaba la satisfacción del creyente que acaba de recibir la comunión.

—¡Ya cumplí con mi deber cívico! —declaró con orgullo—. ¡Voté por el candidato del pueblo!

—¿Cuál candidato del pueblo? ¡Todos dicen que son del pueblo!

—¡El que de verdad es del pueblo!

—¿Y cómo sabes cuál es el verdadero?

—¡Porque así lo dice en su propaganda!

—¿Y los otros qué dicen en su propaganda?

—¡Que también son del pueblo!

—¿Entonces cómo distingues al verdadero del falso?

Don Ernesto se quedó callado, no porque hubiera entendido la contradicción, sino porque estaba calculando cómo explicar que había elegido al "verdadero candidato del pueblo que sería el ganador" basándose en información proporcionada por el mismo candidato.

—¡Es que se nota en la cara! —respondió finalmente con la lógica aplastante del creyente fanático.

—¿Se nota qué?

—¡La honestidad!

—¿Como se notaba en la cara de todos los políticos honestos que nos han gobernado?

—¡Esos eran diferentes!

—¿Diferentes en qué?

—¡En que no eran tan honestos como este!

Don Raúl se rascó la cabeza con perplejidad cósmica. Acababa de descubrir que los ciudadanos habían desarrollado un sistema de clasificación de políticos basado en grados de honestidad facial, como si la corrupción fuera una enfermedad que se diagnosticara por síntomas visibles.

La tarde transcurrió con esa lentitud pegajosa que caracteriza a los días históricos que no van a cambiar nada. Los ciudadanos regresaban de las casillas con esa satisfacción vacía del deber cumplido sin saber exactamente qué habían cumplido ni para qué.

A las ocho de la noche comenzaron a llegar los primeros resultados electorales por televisión. Los candidatos aparecieron en pantalla declarando que habían ganado antes de que se contaran los votos, con esa confianza que solo da saber que la democracia es un espectáculo donde todos los actores conocen el guion antes de la función.

—¡Declaramos el triunfo de la democracia! —gritaba uno.

—¡El pueblo ha hablado y ha elegido el cambio! —vociferaba otro.

—¡Esta es una victoria de todos los ciudadanos! —proclamaba una tercera.

—¡Hemos hecho historia! —concluía el cuarto.

Don Raúl contemplaba el espectáculo con la fascinación del zoólogo que observa el comportamiento de especies exóticas.

—¿Ya viste, Petra? ¡Todos ganaron! ¡Qué bonita democracia! ¡Todo mundo gana y nadie pierde!

—¿Y nosotros qué ganamos?

—¡Ganamos el derecho a quejarnos durante seis años de quien elegimos para que nos gobierne!

—¿Eso es ganar?

—¡En México sí! Aquí ganar es tener derecho oficial a perder con dignidad democrática.

Al día siguiente, los periódicos confirmaron lo que ya se sabía: había ganado el candidato que tenía que ganar, con el margen que debía tener, para continuar el ciclo eterno de promesas incumplidas y esperanzas renovadas del partido que debía seguir gobernando.

Don Raúl leyó los titulares con la resignación del filósofo que contempla la repetición infinita de los mismos errores humanos:

"¡TRIUNFA LA DEMOCRACIA!" "¡EL PUEBLO ELIGIÓ EL CAMBIO!" "¡NUEVA ERA PARA NUESTRO ESTADO!" "¡LA CUARTA TRANSFIGURACIÓN CONTINÚA!"

—¿Sabes qué, Petra? —reflexionó mientras cerraba el periódico—. Creo que ya entendí cómo funciona la democracia mexicana.

—¿Cómo?

—Es como un casino donde la casa siempre gana, pero nos dejan jugar para que sintamos que tenemos oportunidad de ganar.

—¿Y quién es la casa?

—Los políticos. Ellos ganan sin importar quién pierda las elecciones, porque todos son de la misma casa pero con diferentes uniformes.

—¿Y nosotros?

—Nosotros somos los apostadores que creemos que esta vez sí vamos a ganar, aunque llevemos perdiendo desde que se inventó la democracia.

Y mientras los ancianos filosofaban sobre los misterios del sufragio universal, en alguna oficina de gobierno un funcionario reportaba con satisfacción: "Las elecciones fueron un éxito total. La participación ciudadana confirma la fortaleza de nuestras instituciones democráticas."

La democracia, como siempre, funcionaba perfectamente: daba a todos la oportunidad de elegir libremente entre opciones que no habían elegido, para resolver problemas que no habían creado, con recursos que no iban a controlar.

Y don Raúl, oficialmente muerto pero democráticamente vivo, se preparó para otros seis años de estar oficialmente representado por alguien que no sabía que existía.

—¡Viva la democracia! —murmuró con ironía cósmica.

—¡Viva! —respondió doña Petra—. ¡Y que Dios nos agarre confesados!

CAPÍTULO 8

La Resaca Electoral

El lunes amaneció con esa cruda moral que sigue a las grandes borracheras de esperanza democrática. La vecindad despertó sintiéndose como el borracho que prometió cambiar de vida en Año Nuevo y al día siguiente se encuentra vomitando las mismas pendejadas de siempre, pero ahora con sabor a promesas electorales fermentadas.

Don Raúl abrió los ojos y lo primero que vio fue el periódico que había quedado tirado en el suelo, con el titular "¡CAMBUJA CUMPLIRÁ!"

impreso en letras tan grandes que parecían gritar desde el papel. Lo levantó con la delicadeza con que se levanta un animal muerto que apesta pero hay que mover porque no queda de otra.

—¿Ya despertaste, demócrata? —le preguntó doña Petra mientras preparaba el café con agua que sabía a cloro y optimismo gubernamental.

—Desperté del sueño democrático y regresé a la pesadilla ciudadana —respondió don Raúl—. ¿Tú crees que ya empezaron los cambios o hay que esperar a que se le baje la borrachera al nuevo gobernador?

—¡Ay, Raúl! Dales chance a los pobres... Apenas ganaron ayer.

—¿Pobres? ¡Petra, esos güeyes acaban de heredar el negocio más próspero del estado! Van a administrar miles de millones de pesos que no son suyos, van a vivir en una casa que no pagaron, van a viajar en carros que no compraron, y encima les vamos a tener que agradecer que nos "sirvan". ¡Si eso es ser pobre, yo quiero ser millonario de pobreza!

Doña Petra suspiró con la resignación de quien comprende que ha vivido lo suficiente para ver cómo la estupidez gubernamental se perfecciona generación tras generación.

—¿Sabes qué, Raúl? Creo que ya entendí por qué los políticos siempre ganan.

—¿Por qué?

—Porque nosotros jugamos damas chinas y ellos juegan serpientes y escaleras. Nosotros planeamos, pensamos, analizamos... y ellos nomás tiran el dado y suben por las escaleras que construyeron con nuestros impuestos.

—¿Y las serpientes?

—Las serpientes las dejaron para nosotros. Cada vez que creemos que vamos subiendo, nos sale una serpiente que nos regresa al inicio del juego.

La conversación fue interrumpida por el sonido inconfundible de doña Eufrasia golpeando las palmas frente a la puerta, que era su forma de tocar porque el timbre llevaba tres sexenios descompuesto y nadie lo había reparado, aunque tres candidatos distintos lo habían prometido en sus respectivas campañas.

—¡Vecinos! ¡Ya salió la primera declaración del gobernador electo! —anunció con el entusiasmo de quien trae noticias del fin del mundo, que en términos prácticos era lo mismo.

Don Raúl la dejó entrar con el gesto resignado del médico de urgencias que acepta un paciente que sabe que no tiene remedio pero que igual hay que atender.

—¿Y qué dijo el ungido? —preguntó, doblando el periódico con cuidado de no mancharse los dedos con tinta de mentiras impresas.

—¡Dijo que su primer acto de gobierno será crear una comisión especial para revisar el estado en que le dejaron el estado!

—¿Una comisión para revisar el estado del estado? —repitió don Raúl con pausa filosófica—. ¿Y quién va a revisar a la comisión?

—¡Habrá una subcomisión de supervisión!

—¿Y a la subcomisión quién la supervisa?

—¡Un comité de evaluación de la subcomisión de supervisión!

—¿Y al comité?

Doña Eufrasia frunció el ceño con el esfuerzo de quien intenta encontrar el fondo de un pozo que no lo tiene.

—¡Supongo que el gobernador mismo!

—¡Ah, perfecto! —exclamó don Raúl—. Entonces el que creó las comisiones para revisar lo que él va a gobernar va a ser revisado por él mismo. Es como pedirle al borracho que evalúe si manejó bien antes de dormirse al volante.

Doña Petra reapareció con tres tazas de café y la autoridad moral de quien ha visto suficientes gobiernos como para no asombrarse de nada.

—Lo que no entiendo —dijo, repartiendo las tazas con la precisión de quien lleva décadas sirviendo café a la decepción— es por qué siempre tienen que revisar lo que dejaron los anteriores antes de hacer algo. Como si gobernar fuera mudarse a una casa rentada y lo primero que haces es quejarte de los inquilinos anteriores en lugar de barrer.

—¡Porque si se ponen a quejarse de los anteriores, no tienen que hacer nada propio hasta que el quejido se les acabe! —explicó don Raúl—. Y para cuando se les acaba el quejido ya van a la mitad del sexenio, y entonces ya tienen que empezar a preparar su sucesor para que él se queje de lo que ellos no hicieron. ¡Es un sistema perfecto!

Don Ernesto asomó la cabeza por la puerta entreabierta con esa expresión de quien ha dormido mal por exceso de esperanza democrática.

—¿Me invitan al café? Vengo en representación de los que votamos con convicción —dijo, tomando asiento sin esperar respuesta, que era su forma habitual de ejercer la democracia participativa.

—¿Y cómo se siente el votante convencido el día después? —preguntó don Raúl.

—Pues... con esperanza renovada. El cambio tarda en llegar, pero llega.

—¿Cuánto tarda?

—¡Seis años! Hay que darles tiempo.

—¡Ah, seis años! —don Raúl levantó un dedo con la solemnidad del profesor que va a impartir una cátedra fundamental—. Ernesto, llevamos doscientos años dándoles tiempo. Ya deberíamos tener el cambio acumulado de treinta y tres gobiernos. ¿Cuándo llega el dividendo?

Don Ernesto abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir, y finalmente la cerró definitivamente, que era la respuesta más honesta que había dado en mucho tiempo.

La mañana avanzó con esa lentitud de los días que no tienen nada nuevo que ofrecer pero tampoco tienen prisa en terminar. Por el televisor que doña Petra tenía encendido en la sala desfilaban los analistas políticos, esa especie endémica del ecosistema mediático mexicano que se reproduce en temporada electoral y sobrevive el resto del año explicando por qué las cosas son exactamente como son y no pueden ser de otra manera, lo cual resulta muy tranquilizador para quienes prefieren que las cosas sigan igual.

—El nuevo gobierno representa una oportunidad histórica —decía uno con corbata de rayas que costaba más que la pensión mensual de don Raúl.

—La ciudadanía ha enviado un mensaje claro —añadía otro con saco de tweed que jamás había pisado una vecindad ni una casilla de las populares.

—Hay que darle tiempo a la transición —concluía una tercera con el tono condescendiente de quien explica cosas obvias a gente que supone que no entiende nada.

—¿Ya oyeron? —dijo don Raúl señalando la pantalla—. Hay que darle tiempo. ¡Siempre hay que dar tiempo! Tiempo al tiempo, tiempo a la transición, tiempo al cambio. Somos el único país donde el producto que más se vende es el tiempo que nunca llega.

—¿Y qué quieres que hagan? —preguntó doña Eufrasia, que había encontrado acomodo en la silla más cómoda con la comodidad de quien no tiene prisa por irse a ningún lado—. ¿Que cambien todo de un día para otro?

—¡No pido que cambien todo! ¡Pido que cambien algo! ¡Una cosa! ¡Lo que sea! ¡Aunque sea el nombre del comité que estudia por qué no cambia nada!

—¡Pues eso sí lo hacen! —observó doña Petra con la precisión de quien lleva la cuenta—. Cada gobierno le cambia el nombre a todo. Los programas, las secretarías, los formularios. Lo único que no cambia son los problemas, pero esos no tienen nombre oficial así que no se pueden renombrar.

Y mientras los ancianos filosofaban sobre los misterios del poder político, en alguna oficina gubernamental un asesor reportaba con satisfacción: "La transición ha sido un éxito total. Los primeros decretos confirman el compromiso del nuevo gobierno con la eficiencia administrativa."

En la vecindad, mientras tanto, el colchón de don Raúl seguía con el resorte roto desde el gobierno anterior al anterior. El bache de la entrada seguía siendo el mismo que había sobrevivido a cuatro administraciones distintas, cada una de las cuales lo había fotografiado como evidencia del desastre que heredó. La pensión no había llegado

todavía. El agua seguía teniendo ese sabor inconfundible a tubería de otro siglo. Y el timbre de doña Eufrasia seguía sin funcionar, aunque tres candidatos diferentes lo habían prometido arreglar en sus respectivos programas de gobierno con nombres distintos pero idéntico nivel de cumplimiento.

La democracia, como siempre, funcionaba perfectamente: daba a todos la oportunidad de elegir libremente entre diferentes formas de ser gobernados por gente que confundía gobernar con crear comités para estudiar cómo gobernar.

Y don Raúl, oficialmente muerto pero democráticamente representado, se preparó para seis años más de estar oficialmente atendido por organismos que iban a evaluar la mejor forma de atenderlo.

—¡Viva México! —murmuró con ironía cósmica—. ¡El único país donde los problemas se resuelven creando instituciones para estudiar por qué no se han resuelto, otras para resolver lo que no se ha resuelto, si es que todavía puede resolverse, y también otras para evaluar por qué no se han resuelto los pendientes, para poder echarles la culpa de todo a los anteriores gobiernos y acusarlos de que dejaron todo tan mal que no es fácil resolver todo lo que no pudieron resolver!

—¡Y así por los siglos de los siglos! —completó doña Petra, que había desarrollado un instinto certero para los remates.

—¡Amén! —respondió don Ernesto, antes de darse cuenta de que acababa de darle la razón a don Raúl por primera vez en tres sexenios.

La resaca electoral había terminado. Ahora comenzaba la cruda gubernamental, que iba a durar seis años o hasta que llegara el siguiente mago con nuevos trucos para el mismo sombrero vacío.

Capítulo 9

El Programa Social de la Esperanza

Tres meses después de la resaca electoral, cuando ya nadie recordaba ni por quién había votado ni por qué, llegó a la vecindad la noticia que iba a cambiar sus vidas para siempre: el gobierno de la licenciada Esperanza había lanzado el "Programa Social de la Esperanza Renovada para el Bienestar Integral Ciudadano", un nombre tan largo —y tan ad hoc para su nombre— que parecía haber sido diseñado por burócratas que cobraban por palabra.

La primera en enterarse fue doña Eufrasia, que llegó corriendo como mensajera de buenas nuevas apocalípticas, agitando un volante amarillo que había conseguido en la presidencia municipal.

—¡Vecinos! ¡Vecinos! —gritaba con el entusiasmo de evangelista que anuncia la segunda venida de Cristo—. ¡Van a darnos despensas gratis!

Don Raúl levantó la vista del periódico donde leía que el nuevo hospital prometido seguía "en proceso de evaluación presupuestal" y miró a doña Eufrasia con la desconfianza del veterano que sabe que cuando el

gobierno dice "gratis" es porque ya te cobró por adelantado sin que te dieras cuenta.

—¿Despensas gratis? ¿Y qué hay que hacer para conseguirlas? ¿Vender el alma al diablo o nomás a CAMBUJA?

—¡No, don Raúl! ¡Es un programa social! ¡Solo hay que apuntarse e ir a unas pláticas!

—¿Pláticas de qué?

—¡De empoderamiento ciudadano!

Don Raúl se rascó la cabeza con perplejidad cósmica. Acababa de descubrir que el gobierno había inventado una nueva forma de tortura: te daban comida gratis a cambio de que te dejaran lavar el cerebro con conceptos que ni ellos entendían.

—¿Y qué es eso del "empoderamiento ciudadano"?

—¡No sé! ¡Pero dicen que después de las pláticas vamos a estar empoderados!

—¿Empoderados para qué?

—¡Para ser mejores ciudadanos!

—¿Y qué tiene de malo ser el tipo de ciudadano que ya somos?

Doña Eufrasia se quedó callada, no porque hubiera entendido la pregunta, sino porque estaba tratando de recordar si en el volante explicaban qué tenía de malo ser el tipo de ciudadana que llevaba siendo durante sesenta años sin necesidad de empoderamiento gubernamental.

Para la tarde, ya toda la vecindad estaba comentando el milagro social que les había caído del cielo. Los morenistas llegaron con una sonrisa tan amplia que parecían haber ganado la lotería nacional de la esperanza renovada.

—¡Don Raúl! ¿Ya se enteró del programa? ¡Es la prueba de que el nuevo gobierno sí cumple sus promesas!

—¿Cuál promesa? ¿Cuándo prometió Rogelio que nos iba a dar despensas a cambio de dejarnos lavar el cerebro?

—¡No prometió despensas! ¡Prometió mejorar la calidad de vida de los ciudadanos!

—¿Y cómo una lata de frijoles cada tres meses va a mejorar nuestra calidad de vida?

—¡Es que no se trata solo de los frijoles! ¡Se trata del empoder... empodera... de eso que nos van a enseñar!

—¿De verdad no sabes qué significa "empoderamiento"?

—¡Claro que sé! Significa que... que vamos a tener más poder.

—¿Poder para qué?

—¡Para ser ciudadanos empoderados!

Don Raúl contempló a sus vecinos con la fascinación del antropólogo que estudia cómo los seres humanos pueden crear definiciones circulares perfectas sin darse cuenta de que no están definiendo nada... o sea, cómo llegar a ser estúpidos sin darse cuenta de que lo son.

Al día siguiente, doña Petra llegó de la presidencia municipal con una sonrisa que no le cabía en la cara y un papel oficial que parecía título de propiedad del paraíso terrenal.

—¡Raúl! ¡Ya nos apunté al programa! ¡Vamos a ser beneficiarios!

—¿Beneficiarios de qué?

—¡Del Programa Social de la Esperanza Renovada!

—¿Y qué beneficios vamos a recibir?

—¡Una despensa cada tres meses!

—¿Y qué más?

—¡Conocimiento!

—¿Qué tipo de conocimiento?

—¡El que nos van a dar en las pláticas!

—¿Y de qué van a ser las pláticas?

—¡De cómo ser mejores ciudadanos!

—¿Y qué tenemos de malo como ciudadanos?

Doña Petra se quedó callada, no porque no supiera qué contestar, sino porque acababa de darse cuenta de que llevaba sesenta años siendo ciudadana sin que nadie le hubiera explicado que lo estaba haciendo mal y que por eso debían enseñarle a hacerlo bien... el pueblo "bueno" siempre será mejor que el pueblo "malo".

La primera plática del programa estaba programada para el viernes en el salón ejidal, el mismo lugar donde se celebraban las bodas, los velorios y las asambleas para quejarse del agua que no llegaba. El gobierno había transformado el espacio multiusos de la colonia en aula de reeducación cívica.

Don Raúl llegó con la puntualidad del condenado a muerte que sabe que no puede escapar de su destino. El salón estaba lleno de vecinos que parecían estar en misa dominical obligatoria: presentes por compromiso, atentos por educación, escépticos por experiencia.

En el templete improvisado, una mujer joven con traje sastre y sonrisa de vendedora de seguros de vida preparaba su material didáctico: un rotafolio con gráficas coloridas que parecían haber sido diseñadas por alguien que creía que los problemas sociales se resolvían con círculos y flechas.

—¡Buenos días, ciudadanos beneficiarios! —saludó con entusiasmo de animadora de fiestas infantiles—. ¡Mi nombre es licenciada Esperanza Renovación Martínez y vengo a empoderarlos!

Don Raúl susurró al oído de doña Petra: "¿Ya viste? ¡Se llama Esperanza Renovación! ¡Sus papás sabían que iba a trabajar para el gobierno desde que nació!"

La licenciada Esperanza —curiosamente se llamaba igual que la gobernadora nueva— comenzó su presentación con la solemnidad de quien va a revelar los secretos del universo a una audiencia de ignorantes ilustres.

—¡Ciudadanos! ¡Ustedes han sido seleccionados para participar en un programa revolucionario que va a transformar sus vidas!

—¿Cómo nos seleccionaron? —preguntó don Plácido—. ¿Hubo examen de admisión?

—¡Los seleccionó su condición socioeconómica vulnerable!

—¿O sea que nos eligieron por ser pobres?

—¡No! ¡Los eligieron por ser ciudadanos con oportunidades de mejoramiento integral!

Don Raúl tradujo mentalmente: "Nos eligieron porque somos tan pobres que vamos a aguantar cualquier pendejada a cambio de una lata de atún."

La licenciada Esperanza desplegó su primer gráfico, un círculo dividido en sectores de colores que parecía rueda de la fortuna social.

—¡Observen este diagrama del empoderamiento ciudadano! Como pueden ver, el empoderamiento tiene cinco dimensiones: empoderamiento económico, empoderamiento social, empoderamiento político, empoderamiento cultural y empoderamiento personal.

—¿Y en cuál de esas dimensiones entra la despensa? —preguntó doña Eufrasia.

—¡La despensa es el vehículo para alcanzar el empoderamiento integral!

—¿O sea que los frijoles nos van a empoderar?

—¡No son solo frijoles! ¡Es un paquete nutricional diseñado para fortalecer su capacidad de participación ciudadana!

Don Raúl levantó la mano como estudiante aplicado con dudas existenciales.

—Licenciada, tengo una pregunta: ¿Cómo es posible que una lata de sardinas me empodere políticamente?

La licenciada Esperanza sonrió con esa paciencia infinita que desarrollan los funcionarios que han aprendido a explicar lo inexplicable a los ignorantes plebeyos repletos de pobreza y marginación.

—¡Excelente pregunta, ciudadano! Verá, cuando usted recibe el apoyo alimentario, su energía física mejora, lo que incrementa su capacidad de análisis crítico, lo que fortalece su participación democrática, lo que empodera su ciudadanía integral... lo que lo hace mejor... o sea... Usted mejora porque el gobierno le da las herramientas para lograrlo.

—¿O sea que si no como sardinas no puedo ser un buen ciudadano?

—¡No lo diga así! Digamos que las sardinas optimizan su potencial cívico.

Don Raúl contempló la lógica gubernamental con fascinación científica. Acababa de descubrir que los políticos habían logrado convertir la caridad en una ecuación matemática donde la comida se transformaba mágicamente en conciencia democrática.

La licenciada Esperanza continuó con su segundo gráfico, una pirámide que parecía esquema de ventas multinivel cívico.

—¡Ahora vamos a analizar la Pirámide del Desarrollo Humano Sustentable! Como pueden observar, en la base tenemos las necesidades básicas, luego las capacidades ciudadanas, después las oportunidades de crecimiento, y en la cúspide, el empoderamiento total.

—¿Y nosotros en qué nivel estamos? —preguntó el profesor Menéndez.

—¡Ustedes están transitando del nivel básico al nivel de capacidades!

—¿O sea que estamos subiendo en la pirámide?

—¡Exactamente! ¡Cada despensa los acerca más a la cúspide del empoderamiento!

Don Raúl hizo cálculos mentales: "Si recibimos una despensa cada tres meses, y cada despensa nos sube un nivel en la pirámide, vamos a estar empoderados totalmente en.... nunca, porque la pirámide tiene más niveles que despensas van a darnos."

La plática continuó durante dos horas, tiempo en el cual la licenciada Esperanza logró explicar cómo el gobierno los estaba salvando de su propia ignorancia ciudadana mediante un programa científicamente diseñado para convertir pobres desinformados en pobres empoderados.

Al final, repartió unos trípticos que resumían los beneficios del programa: "Usted recibirá: 1) Apoyo alimentario trimestral, 2) Capacitación en ciudadanía responsable, 3) Certificado de participación en programa gubernamental, 4) Acceso a red de beneficiarios empoderados."

—¿Y qué podemos hacer con el certificado? —preguntó doña Petra.

—¡Pueden incluirlo en su currículum vitae como evidencia de su compromiso con el desarrollo social!

—¿En nuestro currículum? ¡Licenciada, nosotros tenemos setenta años! ¿Qué trabajo vamos a buscar?

—¡Pueden aspirar a ser promotores voluntarios del programa en sus comunidades!

Don Raúl tradujo: "Nos van a convertir en vendedores gratis de su programa pendejo."

Al salir del salón ejidal, los vecinos caminaban con esa confusión existencial que produce haber entendido todo y nada al mismo tiempo. Sabían que iban a recibir despensas, pero no estaban seguros de qué

habían aceptado a cambio... algo así como haber vendido su alma al diablo sin haber conocido personalmente a Belcebú.

—¿Tú entendiste qué es el empoderamiento? —le preguntó doña Petra a su marido.

—Claro que entendí. Es cuando el gobierno te convence de que eres pendejo para que agradezcas que te traten como pendejo de manera científica.

—¿Y las despensas sí las van a dar?

—Las van a dar, pero cada vez que las recibamos vamos a tener que escuchar dos horas de explicaciones sobre por qué deberíamos estar agradecidos de recibirlas.

—¿Y vale la pena?

—Petra, llevamos cuarenta años comprando el mismo teatro político con diferentes entradas. Por lo menos ahora nos dan botana.

Tres meses después llegó la primera despensa: una caja de cartón con el logo del programa y la foto de la gobernadora, y una lista de contenidos que parecía inventario de tienda de abarrotes en quiebra: "1 kg de frijol negro, 1 kg de arroz, 1 lata de atún, 1 lata de sardinas, 1 paquete de galletas saladas, 1 sobre de sopa instantánea, 1 bolsa de avena."

Junto con la despensa venía una carta que llamaron "De la Esperanza": "Estimado ciudadano beneficiario: Esta despensa representa el compromiso de nuestro gobierno con su bienestar integral. Cada producto ha sido seleccionado para optimizar su nutrición y fortalecer su participación democrática. Recuerde que usted no es solo un beneficiario, sino un agente de cambio social empoderado."

Don Raúl leyó la carta con la fascinación del arqueólogo que descifra jeroglíficos de una civilización extinta.

—¿Ya viste, Petra? ¡Ya no somos ciudadanos! ¡Somos agentes de cambio social empoderados!

—¿Y eso qué significa?

—Significa que ahora cuando nos jodan, nos van a joder científicamente y con certificado oficial.

Y mientras los ancianos filosofaban sobre los misterios del empoderamiento gubernamental, en alguna oficina de desarrollo social un funcionario reportaba con satisfacción: "El programa ha sido un éxito total. Los beneficiarios muestran altos niveles de satisfacción con la capacitación recibida."

El Programa Social de la Esperanza Renovada funcionaba perfectamente: había logrado convertir la pobreza en una oportunidad de crecimiento personal supervisada por el Estado, donde los pobres agradecían ser pobres de manera empoderada.

Y don Raúl, oficialmente muerto pero socialmente empoderado, se preparó para una vida de despensas trimestrales y pláticas mensuales

sobre lo afortunado que era de vivir en un país tan generoso que lo alimentaba a cambio de dejarse educar sobre su propia ignorancia.

—¡Viva el empoderamiento! —murmuró con ironía cósmica—. ¡El único país donde te dan de comer para que entiendas por qué tienes hambre!

La esperanza renovada había llegado a la vecindad en forma de lata de atún con manual de instrucciones para ser feliz siendo pobre.

Capítulo 10

El Círculo Eterno

Seis años después del gran empoderamiento ciudadano, la vecindad despertó una mañana con esa sensación de déjà vu que produce vivir en un país donde la historia se repite como disco rayado de cantina barata. Las bardas amanecieron tapizadas de propaganda electoral fresca; los rostros sonrientes de los nuevos salvadores de la patria miraban desde cada poste como santos de una religión que promete el paraíso a cambio de un voto cada tres años.

Don Raúl salió de su casa y se encontró cara a cara con un cartel gigante donde un joven de sonrisa blanqueada prometía "¡RENOVACIÓN TOTAL AHORA SÍ!" con letras tan grandes que parecían compensar la pequeñez de sus ideas.

—¡Petra! —le gritó a su esposa—. ¡Ven a ver esto! ¡Ya llegó la renovación total!

—¿Otra vez? —preguntó doña Petra mientras regaba las plantas con agua que sabía a promesas electorales recicladas—. ¿No que el año pasado también tuvimos renovación total?

—¡Esa era la renovación total de la renovación parcial! ¡Esta es la renovación total!

Y los morenistas aparecieron como por arte de magia democrática, radiantes y optimistas, cargando volantes que habían recibido de manos de una muchacha que repartía esperanza por las esquinas a cambio de sonrisas y bendiciones.

—¡Buenos días, conciudadanos! —saludó con el entusiasmo del que se gana la lotería cada seis años—. ¿Ya vieron al nuevo candidato? ¡Este sí se ve diferente!

—¿Diferente en qué? —preguntó don Raúl—. ¿En qué tiene menos canas que el anterior?

—¡Se ve honesto! ¡Tiene cara de gente trabajadora!... ¡Además es hijo de la gobernadora Esperanza!... continuará con la transformación.

—¡Carajo, hasta los burros tienen cara de trabajadores y por eso no les damos el voto! ¡La cara no significa nada! ¡Hitler tenía cara de pintor y miren lo que pasó!... ¡Además ahora nos la venden con la dosis respectiva de nepotismo disfrazado de continuidad!

—¡Pero este jovencito promete cosas diferentes porque está muy bien preparado!

Don Raúl leyó el volante con la atención del paleógrafo que descifra textos antiguos escritos en dialecto pendejo: "¡Miguel Ángel Esperanza Renovada Segundo promete: Hospitales dignos, escuelas de calidad, empleos bien pagados, seguridad ciudadana, transparencia total, y un gobierno que escuche al pueblo!"

—¿Ya viste, Ernesto? ¡Hasta el nombre del güey es reciclado! ¡Miguel Ángel Esperanza Renovada Segundo! ¡Parece que los políticos ya ni se molestan en inventar nombres nuevos! ¡Nomás les ponen "Segundo" y ya está!

—¡Pero las promesas son diferentes!

—¿Diferentes? ¡Son las mismas cinco promesas de siempre! ¡Nada más las pusieron en orden alfabético! ¡Es como si fuéramos a un restaurante donde el menú cambia de color pero siempre sirven la misma comida echada a perder!

En ese momento llegó doña Eufrasia corriendo como si hubiera visto la aparición de la Virgen de Guadalupe vendiendo boletos para el cielo a precio de oferta.

—¡Vecinos! ¡Vecinos! —gritaba agitando un papel amarillo que parecía boleto ganador de la lotería nacional—. ¡Van a hacer un nuevo censo! ¡Otra vez van a contarnos!

Don Raúl recibió la noticia con la resignación del condenado que escucha por centésima vez la misma sentencia.

—¿Otro censo? ¿Es que no nos contaron hace seis años?

—¡Sí, pero ahora van a hacer un censo electoral especial para saber exactamente qué necesitamos!

—¿Para qué quieren saber qué necesitamos si ya sabemos que no nos lo van a dar?

—¡Para hacer promesas más específicas basadas en las necesidades que quedaron pendientes de resolver!

Don Raúl contempló la lógica gubernamental con fascinación cósmica. Los políticos habían perfeccionado la ciencia de mentir: ahora necesitaban datos exactos para saber exactamente cómo mentir mejor.

A media mañana apareció la comisión censista: tres muchachos con tablets y sonrisas de vendedores de tiempo compartido, dirigidos por una señora de mediana edad que traía una carpeta que parecía contener los secretos del universo democrático.

—¡Buenos días, ciudadanos! —saludó la jefa de la comisión con entusiasmo de animadora cívica—. ¡Venimos a levantar el Censo Electoral de Necesidades Ciudadanas Prioritarias para el Desarrollo Integral Comunitario!

—¿Y eso qué significa? —preguntó don Plácido.

—¡Significa que vamos a preguntarles qué necesitan para vivir mejor!

—¿Y después nos lo van a dar?

—¡Vamos a incluir sus respuestas en el plan de gobierno del próximo gobernador!

Don Raúl tradujo mentalmente: "Van a apuntar nuestras necesidades en una libreta que van a usar para hacer promesas que no van a cumplir."

El primer encuestado fue don Ernesto, que se acercó al censo con la solemnidad del ciudadano ejemplar que va a contribuir al desarrollo democrático de su comunidad.

—¿Cuál considera usted que es la principal necesidad de su comunidad?

—preguntó la encuestadora.

—¡Seguridad pública! ¡Queremos que nos protejan de los rateros!

—¿Y qué más necesitan?

—¡Un hospital! ¡Llevamos treinta años pidiendo un hospital!

—¿Algo más?

—¡Escuelas! ¡Empleos! ¡Agua potable! ¡Pavimentación! ¡Alumbrado público!

La encuestadora escribía con la velocidad del taquígrafo que toma dictado divino, apuntando cada necesidad como si fuera la primera vez en la historia que un ciudadano las mencionaba.

Cuando le tocó el turno a don Raúl, se acercó con la curiosidad del científico que va a participar en un experimento de estupidez aplicada.

—¿Cuál considera usted que es la principal necesidad de su comunidad?

—¡Que dejen de preguntarnos qué necesitamos y empiecen a darnos lo que ya saben que necesitamos!

—¿Perdón?

—¡Señorita, llevamos cincuenta años diciéndoles que necesitamos las mismas cinco cosas! ¡Si no nos las han dado es porque no quieren, no pueden, o porque no saben cómo... no porque no sepan qué son!

—¿Pero cuáles son esas cinco cosas?

—¡Las mismas que les acaba de decir mi vecino! ¡Y las mismas que les van a decir todos los que vengan después! ¡Salud, Educación, Seguridad, Trabajo y Servicios Públicos! ¡Siempre han sido las mismas cinco cosas!

—¿Y qué propone para resolver estos problemas?

—¡Que dejen de hacer censos y de hacerse pendejos y se pongan a trabajar!

La encuestadora escribió: "Ciudadano propone optimización de procesos administrativos para agilizar implementación de soluciones."

Don Raúl contempló cómo sus palabras se transformaban mágicamente en un lenguaje burocrático sin sentido. Había descubierto el misterio de la comunicación gubernamental: todo lo que decía la gente se traducía

automáticamente a un idioma que no significaba nada pero sonaba muy importante.

Para el mediodía, toda la vecindad había sido censada. Las necesidades estaban perfectamente documentadas, clasificadas, codificadas y archivadas en tablets que iban a transmitir la información a computadoras que la iban a convertir en gráficas que nadie iba a leer.

Dos semanas después llegó Miguel Ángel Esperanza Renovada Segundo en persona, acompañado de un séquito de asesores, fotógrafos y cargadores de promesas portátiles. El joven candidato tenía esa sonrisa ensayada que desarrollan los políticos después de practicar frente al espejo hasta lograr parecer sinceros.

—¡Ciudadanos! —declaró desde el templete improvisado que habían instalado en la plaza—. ¡He venido porque escuché sus necesidades!

—¿Dónde las escuchó? —gritó don Raúl desde el fondo.

—¡En el censo que acabamos de realizar! ¡Y quiero decirles que sus necesidades van a ser mi prioridad de gobierno y que cumpliré con todas y cada una de ellas durante mi gestión!

—¿Cuáles necesidades?

—¡Todas! ¡El hospital para atender su salud que tanto necesitan, las escuelas que merecen sus hijos, la seguridad que les dará tranquilidad, los empleos que les darán dignidad y los servicios públicos que logren el desarrollo que la transformación de mi gobierno promete para todos ustedes!

Don Raúl susurró al oído de doña Petra: "¿Ya viste? ¡Ya se aprendió la lista de las cinco cosas! ¡Ni siquiera se molestó en cambiar el orden!"

El joven candidato continuó con su discurso, prometiendo cada una de las necesidades identificadas en el censo como si fueran revelaciones divinas que nadie había pensado antes.

—¡Y para lograr todo esto —continuó con solemnidad mesiánica—, necesito que me den su confianza! ¡Su voto es la herramienta que me permitirá transformar sus sueños en realidad!

—¡Oiga, joven! —le gritó el profesor Menéndez—. ¿Usted ya tiene el dinero para hacer todo eso?

—¡Vamos a conseguir los recursos!

—¿De dónde?

—¡Del presupuesto estatal!

—¿Y si no alcanza?

—¡Vamos a gestionar recursos federales!

—¿Y si tampoco alcanzan?

—¡Vamos a tocar las puertas que sea necesario tocar!

Don Raúl tradujo: "No tengo ni idea de dónde voy a sacar el dinero, pero voy a prometer todo lo que sea necesario prometer."

La campaña continuó durante tres meses, tiempo durante el cual Miguel Ángel Esperanza Renovada Segundo visitó la vecindad siete veces más, prometiendo las mismas cinco cosas con diferentes palabras y diferentes niveles de entusiasmo. Para la séptima visita, ya había prometido dos hospitales, tres escuelas, cuatro programas de empleo, cinco operativos de seguridad y seis proyectos de mejoramiento urbano.

—¿Ya viste? —le comentó don Raúl a su esposa—. ¡Cada vez que viene promete más cosas! ¡Para cuando termine la campaña va a haber prometido convertir la colonia en Dubái!

El día de las elecciones, los vecinos acudieron a votar con esa mezcla de esperanza y resignación que caracteriza a los jugadores de lotería que saben que no van a ganar pero siguen comprando boletos porque "uno nunca sabe".

Don Ernesto llegó temprano, emocionado como niño en mañana de Reyes.

—¡Don Raúl! ¿Ya fue a votar?

—¿Para qué? ¿Para elegir cuál de los cuatro pendejos va a explicarnos durante seis años por qué no puede cumplir lo que prometió?

—¡Pero es nuestro derecho y nuestra obligación!

—¡Ernesto, nuestro derecho es que nos gobiernen bien, y nuestra obligación es exigirlo! ¡Votar es nomás el teatro que montamos cada seis años para sentirnos importantes!

—¡Pero si no votamos, no tenemos derecho a quejarnos!

—¿Quién dice eso? ¡Yo pago impuestos, cumplo las leyes, y mantengo a los cabrones con mis contribuciones! ¡Tengo derecho a quejarme aunque vote por Mickey Mouse!

Al final, don Raúl sí fue a votar, no por convicción democrática, sino porque doña Petra lo amenazó con no hacerle de comer si no cumplía con su "deber cívico".

Miguel Ángel Esperanza Renovada Segundo ganó por amplio margen, derrotando a José María Renovación Esperanzada Tercero, Ana Luisa Esperanza de Renovación Primera, y Roberto Carlos Renovación Total Ahora Sí... de los partidos aliados con la transformación pero que habían competido por separado para demostrar que en la democracia no hay alianzas... solo interés por servir al pueblo.

La noche de la victoria, el flamante gobernador electo apareció en la plaza para dar su discurso triunfal:

—¡Ciudadanos! ¡Ustedes han hecho historia! ¡Han elegido el cambio verdadero!

—¿Cuál cambio? —gritó don Raúl—. ¡Si es el mismo discurso que dio el anterior, y el anterior, y el anterior!

—¡A partir de mañana comenzamos a trabajar para cumplir cada una de nuestras promesas!

—¿Empezando por cuál?

—¡Empezando por formar los comités ciudadanos que nos ayuden a evaluar las prioridades!

Don Raúl tradujo: "Vamos a crear comités para estudiar cómo hacer lo que ya sabemos que tenemos que hacer pero no vamos a hacer."

Seis meses después de la elección, la vecindad seguía esperando el primer hospital, la primera escuela nueva, el primer operativo de seguridad y el primer empleo digno. Pero ya tenían cinco comités ciudadanos, tres consejos consultivos, dos mesas de trabajo intersectorial y una comisión para evaluar el impacto de las comisiones.

—¿Sabes qué, Petra? —le dijo don Raúl a su esposa mientras cenaban frijoles con la misma ilusión de siempre—. Ya entendí cómo funciona la democracia.

—¿Cómo?

—Es como una máquina perfecta que convierte esperanza en desilusión, pero tan lentamente que cuando te das cuenta de que te jodieron, ya es tiempo de empezar a tener esperanza otra vez.

Capítulo 11

El Último Censo del Infinito

Muchos años después del primer censo que cambió la vida de don Raúl para siempre, la vecindad había envejecido como vino malo: más agria, más turbia, pero curiosamente más sabia en su amargura, al igual que habían envejecido todos sus habitantes. Los rostros en las bardas habían cambiado muchas veces, las promesas se habían renovado otras tantas, y los problemas seguían siendo exactamente los mismos cinco de siempre, solo que ahora con nombres más largos y comités más sofisticados para no resolverlos.

Don Raúl, oficialmente muerto desde hacía un chingo de años pero burocráticamente más vivo que nunca, se había convertido en una leyenda urbana de la vecindad. Los niños que nacían ya no conocían su historia, pero sus padres les contaban del hombre que había logrado lo imposible: ser atendido por el gobierno de la esperanza y el bienestar después de muerto, recibir beneficios sociales desde el más allá, y votar en cada elección desde su tumba metafísica.

—¿Es cierto que don Raúl sigue votando? —le preguntó un nieto a doña Petra, que a los ochenta y cinco años se había convertido en la cronista oficial de los milagros burocráticos de la colonia.

—¡Claro que sigue votando! —respondió la anciana mientras regaba sus plantas con agua que ya sabía a cien promesas electorales diferentes—. ¡El gobierno dice que mientras esté en el padrón, tiene derecho al voto! ¡Y como nunca lo han sacado del padrón, pues ahí sigue!

—¿Y él decide por quién votar?

—¡Él no! ¡Yo voto por él! ¡Y siempre voto por el que promete las cinco cosas de siempre, porque ya sabemos que no las va a cumplir, pero por lo menos las promete bonito!

Don Ernesto, ahora con noventa años y la misma fe democrática intacta, seguía siendo el eterno optimista de la vecindad. Cada elección llegaba con su bastón, su credencial de elector plastificada, y su sonrisa de quien va a ganar la lotería de la esperanza ciudadana.

—¡Doña Petra! —le gritaba desde la esquina—. ¿Ya vio al nuevo candidato? ¡Este sí se ve diferente!

—¿Diferente en qué, don Ernesto? ¿En qué tiene el pelo más chino que el anterior?

—¡Se ve honesto! ¡Y promete cosas que nunca habían prometido!

Doña Petra se acercó a leer el volante que don Ernesto agitaba como bandera de la nueva esperanza renovada. El candidato —nieto de la exgobernadora Esperanza— se llamaba Lic. Miguel Ángel Esperanza para el Bienestar Cuarta Generación, y prometía: "Hospitales dignos de clase mundial para cumplir con la promesa de tener un sistema de salud mejor que en Dinamarca, escuelas del siglo XXI, empleos del futuro, seguridad ciudadana integral, servicios de primer mundo y un gobierno transparente que escuche al pueblo."

—Don Ernesto —le dijo doña Petra con la paciencia de quien ha explicado lo mismo durante décadas—, ¿no se da cuenta de que son las mismas cinco promesas de siempre, nomás que ahora les pusieron "del futuro" e "integral"?

Y don Ernesto, que ya se había cambiado a CAMBUJA, le contestó:

—¡Pero este es diferente! ¡Tiene estudios en el extranjero!

—¡Claro que es diferente! ¡Aprendió a mentir en inglés!

En ese momento apareció una comisión censista completamente nueva: jóvenes con tablets más modernas, sonrisas más brillantes, y la misma misión eterna de preguntar a los ciudadanos qué necesitaban para poder prometerles lo que ya sabían que necesitaban.

—¡Buenos días, ciudadana! —saludó el jefe de la comisión, un muchacho de veintiocho años que parecía haber nacido con credencial de funcionario público—. ¡Venimos a realizar el Censo Integral de Necesidades Ciudadanas para el Desarrollo Sustentable Comunitario del Siglo XXI!

—¿Y eso qué significa? —preguntó doña Petra con curiosidad antropológica.

—¡Significa que vamos a usar tecnología de punta para identificar con precisión científica las necesidades específicas de su comunidad con inteligencia artificial para garantizar que todo sea transparente y exacto!

—¿Y después nos las van a dar?

—¡Vamos a incluirlas en el Plan Maestro de Desarrollo Integral Sustentable Basado en Inteligencia Artificial!

Doña Petra tradujo mentalmente: "Van a apuntar nuestras necesidades en una computadora que las va a convertir en un plan que nadie va a leer para hacer promesas que nadie va a cumplir."

—¿Cuál considera usted que es la principal necesidad de su comunidad?

—preguntó el encuestador con la solemnidad del científico que va a descubrir un nuevo elemento químico.

—¡Hospital! —respondió doña Petra automáticamente.

—¿Qué tipo de hospital?

—¡Un hospital donde curen a los enfermos!

—¿Hospital general, especializado, de segundo nivel, o de tercer nivel?

—¡Un hospital que funcione!

El encuestador escribió: "Ciudadana solicita infraestructura hospitalaria funcional de múltiples niveles de atención."

—¿Qué más necesitan?

—¡Escuelas donde enseñen!

—¿Educación básica, media superior, o superior?

—¡Educación donde los niños aprendan a leer!

El encuestador escribió: "Ciudadana requiere optimización del sistema educativo integral."

—¿Algo más?

—¡Empleos donde paguen!

—¿Empleos formales, informales, o de la economía del conocimiento?

—¡Empleos donde alcance para comer!

El encuestador escribió: "Ciudadana demanda generación de oportunidades laborales sustentables."

—¿Qué más?

—¡Seguridad!

—¿Seguridad pública, ciudadana, o humana?

—¡Seguridad para que no nos roben!

El encuestador escribió: "Ciudadana solicita fortalecimiento del marco de seguridad multidimensional."

—¿Y por último?

—¡Servicios!

—¿Servicios públicos básicos, complementarios, o integrales?

—¡Servicios que sirvan!

El encuestador escribió: "Ciudadana requiere mejoramiento de la calidad de los servicios públicos."

Cuando terminó la encuesta, doña Petra contempló con fascinación cómo sus cinco necesidades simples se habían transformado en cinco necesidades complejas que sonaban muy importantes pero significaban exactamente lo mismo.

—¿Sabe qué, joven? —le dijo al encuestador—. Llevo cincuenta años respondiendo las mismas cinco preguntas, y ustedes llevan cincuenta años haciendo las mismas cinco preguntas. ¿No cree que ya es hora de que dejen de preguntar a lo pendejo y empiecen a cumplirlas?

—¡Es que necesitamos datos actualizados para diseñar políticas públicas eficientes!

—¿Y los datos de hace cincuenta años no sirven?

—¡La tecnología ha avanzado mucho! ¡Ahora podemos procesar la información con mayor precisión!

—¿Y esa mayor precisión va a hacer que aparezca el hospital?

El encuestador se quedó callado, no porque no supiera qué responder, sino porque acababa de darse cuenta de que llevaba años haciendo la misma pregunta y recibiendo la misma respuesta en diferentes colonias de la ciudad.

Esa noche, mientras cenaba sus frijoles eternos, doña Petra le contó a don Raúl (que seguía sentado en su silla favorita, invisible pero presente) todo lo que había pasado durante el día.

—¿Sabes qué, viejo? —le dijo a la silla vacía—. Creo que ya entendí para qué sirven los censos.

La silla no respondió, pero doña Petra sabía que don Raúl estaba escuchando con esa atención cósmica que desarrollan los muertos que siguen viviendo en el mundo de los vivos.

—¡Los censos no sirven para saber qué necesitamos! ¡Sirven para que los políticos puedan decir que nos preguntaron antes de no darnos nada! ¡Es como ir al doctor que te pregunta dónde te duele, anota todo lo que le dices, y después te dice que regreses el año siguiente para otro chequeo!

En ese momento tocaron a la puerta. Era el profesor Menéndez, ahora con ochenta y tres años pero con la misma lucidez matemática de siempre, cargando una libreta donde había calculado las estadísticas exactas de la democracia local.

—¡Doña Petra! —anunció con solemnidad científica—. ¡He hecho los cálculos finales!

—¿Qué cálculos, profesor?

—¡Los cálculos de la productividad democrática de nuestra vecindad!

—¿Y qué descubrió?

—¡Que en cincuenta años hemos participado en diecisiete censos, elegido a nueve gobernadores, recibido cuatrocientas treinta y dos promesas electorales, asistido a sesenta y una pláticas de

empoderamiento ciudadano, y formado parte de noventa y tres programas sociales!

—¿Y cuál ha sido el resultado?

—¡Seguimos necesitando las mismas cinco cosas que necesitábamos hace cincuenta años!

—¿Entonces para qué sirvió todo eso?

—¡Para generar empleos en el sector público! ¡Para cada problema que no resuelven, crean cinco empleos de gente que estudia por qué no se puede resolver!

Doña Petra contempló las cifras con admiración cósmica. La democracia mexicana había alcanzado la perfección: había creado un sistema que funcionaba perfectamente para no funcionar nunca... la transformación se había sublimado... Ahora prometía, no cumplía, culpaba a los gobiernos anteriores sistemáticamente de no haber cumplido y volvía a prometer...

—¿Sabe qué, profesor? —le dijo—. Creo que don Raúl tenía razón desde el principio.

—¿Cuál razón?

—¡Que el gobierno es como un mago que hace trucos! ¡Pero nosotros somos los conejos que desaparece, y las liebres que promete nunca aparecen!

—¿Y por qué seguimos yendo al show?

—¡Porque es el único espectáculo en el pueblo! ¡Y porque cada ciclo cambian al mago y pensamos que este sí va a hacer aparecer las liebres!

Al día siguiente, toda la vecindad despertó con una noticia que iba a cambiar la historia para siempre: el gobierno había anunciado el "Censo Definitivo Final de Necesidades Ciudadanas para el Siglo XXI", un censo tan perfecto y completo que iba a ser el último censo necesario en la historia de México.

—¡Doña Petra! —le gritó don Ernesto desde la esquina—. ¿Ya se enteró? ¡Van a hacer el censo definitivo! ¡Después de este ya no van a necesitar hacer más censos!

—¿Y eso qué significa?

—¡Que van a resolver todos nuestros problemas de una vez por todas!

Doña Petra sonrió con esa mezcla de ternura y desesperación que produce contemplar la esperanza eterna convertida en pendejez sistémica.

—Don Ernesto —le dijo con la sabiduría de quien ha vivido todos los censos posibles—, ¿usted cree que van a dejar de hacer censos?

—¡Claro! ¡Si es el definitivo!

—¿Y qué van a hacer todos los encuestadores que se queden sin trabajo?

Don Ernesto se quedó callado, contemplando por primera vez la posibilidad de que los censos no fueran para resolver problemas, sino para crear empleos de gente que preguntara sobre problemas que nunca se iban a resolver.

—¿Sabe qué, doña Petra? —dijo finalmente—. Creo que mejor me voy a apuntar para ser encuestador.

—¿Por qué?

—¡Porque es el único trabajo seguro en este país! ¡Siempre va a haber algo que preguntar y nunca va a haber nada que resolver!

Y mientras los ancianos filosofaban sobre las oportunidades laborales en el sector de la esperanza permanente, en alguna oficina gubernamental un funcionario diseñaba el próximo programa social: "Becas para Ciudadanos que Participen en Censos", porque era necesario incentivar la participación ciudadana en el proceso democrático de preguntar por problemas que se sabía de antemano que no se iban a resolver.

El círculo se había convertido en espiral infinita. La democracia había alcanzado la perfección perpetua: había logrado crear un sistema donde los problemas generaban censos, los censos generaban programas, los programas generaban empleos, los empleos generaban más censos, y los censos confirmaban que seguían existiendo los mismos problemas que habían generado el primer censo.

Don Raúl, muerto pero eternamente censado, votante pero inexistente, beneficiario pero invisible, se había convertido en la metáfora perfecta de la ciudadanía mexicana: oficialmente atendida por un gobierno que no sabía que no existía, democráticamente representada por políticos que prometían resolver problemas que no entendían, socialmente empoderada por programas que no funcionaban.

Y doña Petra, viuda de un hombre que seguía votando desde la muerte, madre de hijos que habían emigrado a países donde los censos sí servían para algo, abuela de nietos que iban a heredar los mismos problemas con nuevos nombres, se preparó para el censo definitivo final, sabiendo que después vendría el censo definitivo final revisado, luego el censo definitivo final actualizado, y después el censo definitivo final del siglo XXII.

—¡Viva México! —murmuró mirando la silla vacía donde seguía sentado su marido invisible—. ¡El único país donde la eternidad se puede medir en censos!

Y la esperanza renovada siguió renovándose eternamente, esperando pacientemente su turno para volver a ser censada en el próximo capítulo del infinito democrático mexicano... y en una oficina de gobierno un sesudo burócrata asesor de gobierno escribía animoso: "Proponer a la Presidencia la elaboración de ENCUESTAS en lugar de censos para renovar la esperanza del pueblo en la transformación"... y sumamente satisfecho terminó escribiendo: "Esta será la solución para conocer finalmente la voluntad del 'pueblo bueno'."

EPÍLOGO

Y al final, ganaron todos... menos los que votaron

La elección terminó. Los votos se contaron, los muertos votaron, los vivos fueron ignorados, y los funcionarios celebraron el éxito de una jornada "histórica". Los candidatos se declararon ganadores antes que el INE, y el INE se declaró neutral antes de que alguien le preguntara.

Don Raúl sigue oficialmente muerto, pero ahora recibe dos notificaciones por semana. Doña Petra continúa habitando un domicilio inexistente, aunque misteriosamente sí le llega el recibo de la luz. Y la vecindad... bueno, la vecindad fue empapelada con nuevos rostros sonrientes que prometen exactamente lo mismo que los anteriores, solo que con mejor diseño gráfico.

¿Y el pueblo? El pueblo votó. Votó como quien echa una carta en una botella al mar, esperando que alguien, en algún futuro, la lea y le conteste. Pero en este mar de política tropical, las botellas flotan eternamente... y los naufragos nunca son rescatados.

Así que sí: ganaron todos. El sistema, que funcionó impecablemente para garantizar que nada cambiara. Los partidos, que se repartieron el pastel sin necesidad de cocinarlo. Y los votantes, que recibieron lo que merecían por creer —una vez más— que algo iba a ser distinto.

Y si usted se pregunta qué fue de las promesas, no se preocupe: fueron archivadas bajo "memoria colectiva selectiva". Ahí donde descansan todos los programas de gobierno, junto al acta de nacimiento vencida de don Raúl y la constancia de existencia dudosa de doña Petra.

Porque en esta democracia, como en las mejores farsas, el telón baja... pero los actores siguen cobrando.

Fin

Nota del autor: Esta historia está basada en hechos reales que aún no han ocurrido, pero que ocurrirán inevitablemente porque ya han ocurrido muchas veces antes. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia democrática.